

PIROCROMO

Revista estudiantil

Número 18 / Agosto 2019

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



DIRECTORIO

Dr. Francisco Javier Avelar González
Rector

Mtro. José Luis García Ruvalcaba
Decano del Centro de las Artes y la Cultura

Mtro. Ricardo Orozco Castellanos
Jefe del Departamento de Letras

Dr. José Trinidad Marín Aguilar
Director General de Difusión y Vinculación

Mtra. Martha Esparza Ramírez
Jefa del Departamento Editorial

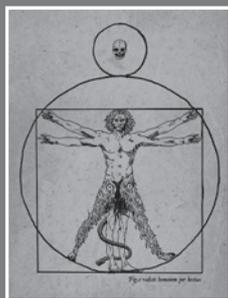


Imagen de portada:
El hombre visto por las bestias
Kevin Rodríguez Sandoval (Blackout).

PIROCROMO

Editora:

Xóchitl Barrientos Díaz de León

Editora adjunta:

Edna Rubí Sánchez Álvarez

Consejo editorial:

Alejandro Román de la Torre

Aurea Ariel Ávila Macías

Daniel Isai Mata Velázquez

Ivonne Lara Navarro

Javier Ojeda Ojeda

Luis de Jesús García Oviedo

María Daniela Ambriz Delgadillo

María Fernanda Sánchez Morales

Pedro Gerardo Tovar Aldaba

Valerie Anaya Ruiz Esparza

Consejo consultivo:

Mtra. Claudia Patricia Guajardo Garza

Diseño gráfico:

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González

L.D.G. Teresa Quintana Rivas

Contacto:

revistapirocromo@gmail.com

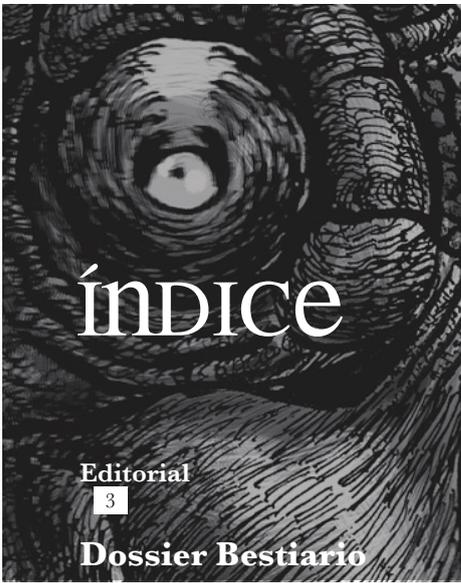
www.revistas.uaa.mx/index.php/pirocromo/index

www.facebook.com/pirocromo

www.instagram.com/revistapirocromo

www.twitter.com/PIROCROMO

* Pirocromo es una publicación universitaria sin fines de lucro. Todas las obras presentadas son propiedad de sus respectivos autores.



Índice

Editorial

3

Dossier Bestiario

> ENTREVISTAS

La historia de los bestiarios:

Entrevista a Ximena

Gómez Goyzueta

Consejo Editorial

5

El humano en el bestiario
contemporáneo:

Entrevista a Adriana

Álvarez Rivera

Consejo Editorial

48

> NARRATIVA

Los animales del mal

Aleqs Garrigóz

13

Akephalos

Muninn

19

El creador de bestias

Rubén Abraham Santos Herrera

23

El Laberinto

Sergio Martínez Medina

29

Día 14

Sandra Cortés Moreno

34

Bakeneko

Enma Ai

36

> POESÍA

Bestiario

Carlos Eduardo Hernández Núñez

21

El pájaro de la muerte

María Domínguez Dubón

27

Euriale

María del Carmen Rivera Tristán

46

> IMÁGENES

Índice

62

OTRAS CREACIONES

Donaukinder

Diego Martínez Díaz

55

Redención

Lani

60



EDITORIAL

PIROCROMO

3

#18 BESTIARIO

Los bestiarios han estado presentes a lo largo de la historia, renovándose según la percepción y necesidad que se tenga sobre los animales y los humanos. Ya sea como aporte científico a la biología, en el caso de los primeros, o como adoctrinamiento ético en la vida de los segundos. Incluso, podemos reconocer la necesidad de describir lo que nos produce miedo, por eso, no nos resulta ajena la posibilidad de que se llegue a presentar un bestiario que tenga como protagonistas a las máquinas bestiales. Es visible, por lo tanto, que el objetivo y la necesidad de la producción de los bestiarios se renuevan, y con esto la estructura artística en la que se nos presentan: textos poéticos, narrativos, ensayísticos, ilustraciones o grabados.

Por medio de las bestias, los humanos han podido reconocer sus deficiencias y debilidades, o bien, sus bondades, metaforizándolas con una vasta imaginación en las criaturas quiméricas que presencia- mos en los bestiarios medievales, los de las indias o los actuales. Esa conjunción de elementos, positivos o negativos, nos han permitido

conocer, entre otras características, la visión particular de la naturaleza que el hombre se ha encargado de contar, pues son un reflejo del interés puramente humano de conocer y comprender el mundo que lo rodea, y a su vez, dar cuenta de ello a través de la belleza de lo poético, lo fantástico, lo maravilloso o lo real.

El conjunto de bestias reunidas en una sola obra otorga la posibilidad de construirnos un imaginario propio que nazca desde la visión particular de cada fábula contada sobre cada uno de los seres monstruosos, por ello, el BESTIARIO de *Pirocromo* se presenta ante ti, lector, desde distintas perspectivas: la renovación creativa en un texto narrativo, lo rítmico en la poesía animalesca, el flujo de conciencia de nosotros como seres humanos reconocidos en un animal, incluso con mitos orientales, y en entrevistas que nos permiten reconocer la necesidad de que los bestiarios sigan existiendo. Nos veremos a nosotros mismos como *El creador de bestias*, conoceremos a través de *El Laberinto* todo lo que la mente de los escritores aquí reunidos tiene que decir sobre las bestias, sobre los animales que día a día nos rodean o sobre aquellos que sólo conocemos a través de libros científicos o históricos. Al final nos queda la duda, ¿son las bestias vistas por el hombre o *El hombre visto por las bestias*?

PIROCROMO

4

#18 BESTIARIO

La editora y la editora adjunta

La historia de los bestiarios:

Entrevista a Ximena Gómez Goyzueta¹

Consejo Editorial



Foto por: Consejo Editorial.

¿Qué es bestiario o a qué se le conoce como bestiario?

En términos generales, el bestiario es una manera de organizar la fauna (a veces también a la flora) en distintos discursos, puede ser el escrito o el visual (por ejemplo, en la plástica o en la arquitectura); se hace en función de una interpretación totalmente antropocéntrica, pues, dependiendo del contexto histórico en el que se organice o aparezca un bestiario, será el sentido y la ideología que tomará éste y, por supuesto, también a partir de la relación que el ser humano establezca con los animales.

PIROCROMO
5
#18 BESTIARIO

¿Cree que los bestiarios compartan una especie de estructura o algo que tengan en común?

Sí, una primera base sería qué es lo que hay en ese contexto histórico para que el ser humano tenga la necesidad de establecer una relación ideológica con los animales; entonces, en este sentido, podemos decir

¹ Licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad Autónoma Metropolitana; maestra en Literatura en el Posgrado en Humanidades por la Universidad Autónoma Metropolitana; doctora en Letras Españolas por la UNAM; docente de tiempo completo en la Licenciatura en Letras Hispánicas de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

que una estructura general que aparecería en los bestiarios es la interpretación de la fauna a partir de un contexto histórico o ideológico en el que el ser humano determina esta semántica del bestiario y cómo se relaciona con ella.

¿Cuál es la estructura en la que están presentados los bestiarios? Tomando en cuenta que suelen tener un texto descriptivo y una ilustración.

El bestiario puede aparecer por sí solo como tal o puede aparecer, por ejemplo, inserto en otro tipo de manifestación. Existe el bestiario como el libro de animales, pero también en distintos ámbitos de la cultura podemos identificarlo. Los bestiarios como tales me parece que surgen a la par de las incipientes ciencias naturales, es decir, en el contexto de la biología; en ese sentido, el más antiguo que tenemos en Occidente y el más famoso es el de Plinio el Viejo. Se tiene una intención incipiente de carácter científico para construir el bestiario, pero como se trata de una intención científica, los elementos propiamente naturalistas o biológicos van acompañados, a su vez, de un componente ideológico fuerte. Sin embargo, la diferencia entre el discurso científico actual y el discurso científico de aquella época es que no había una necesidad de ser riguroso, entonces la descripción del elemento natural se combinaba con aspectos de carácter ideológico que tenían que ver con los valores morales y éticos, a partir de los cuales se insertaba ese mundo natural, que en ocasiones se podía ver reflejado en la ilustración que acompañaba a la definición o a la descripción del animal.

Por otro lado, están los bestiarios que los propios escritores, arquitectos o artistas incluían de forma deliberada en sus obras, y todavía más en un sentido totalmente ideológico: el bestiario al servicio de una función de carácter ideológico bien específico; por ejemplo, en la arquitectura, pintura e incluso en la música. Piensen ustedes en *El carnaval de los animales* de Saint-Saëns, ahí tenemos un bestiario. Y en la literatura ni se diga, si leemos una obra en la que uno de los *leitmotiv* sean los animales, podemos extraer un bestiario.

¿Cómo se leían en su tiempo? Es decir, con el surgimiento del primer bestiario, luego con los medievales y los posteriores al encuentro con el Nuevo Mundo.

En el mundo clásico grecolatino sí había una intención deliberada de sistematización científica, porque los griegos y los romanos constituían

un bloque cultural que veía fundamental la necesidad de regulación en su propia realidad. Esto para la época de Plinio el Viejo ya había traído fruto del proceso y del progreso de esta intención cultural, de esa necesidad de categorización de la realidad a partir de la organización del conocimiento; entonces, sí había una intención deliberada incipiente todavía de sistematización de carácter científico, pero con fuertes componentes ideológicos.

Entre el mundo clásico y la Edad Media prácticamente no hay una separación percibida por los medievales en su momento, es más bien una continuidad, aunque nosotros lo vemos a distancia. Pero en el caso del bestiario, hay una continuidad cultural e ideológica por el mundo cristiano, es decir, la imaginación del cristianismo no hace más que retomar la imaginación de la cultura clásica grecolatina y reinterpretarla a partir de sus propios fines e intenciones ideológicas; entonces, si bien en el mundo medieval tenemos un contexto teocentrista, sí está la presencia del bestiario. Ahí sí tenemos un corte, se retoma el mundo clásico grecolatino, pero reinterpretado bajo sus propios fines que tenían que ver con el objetivo de todos los discursos culturales: plantear la salvación de la vida, de manera que el bestiario medieval se ajuste y se interprete desde la moralidad de los pecados y las virtudes. En ese sentido, tenemos *El bestiario de Cristo*, con toda una animalia simbólica que representa, por un lado, los pecados capitales, y por otro, las virtudes, de manera que esta última debe vencer a toda la animalia que los representa; sin olvidar que todo este conjunto de animales se alimenta del mundo grecolatino, pero también tiene un influjo oriental que va a disparar todavía más la imaginación moralizada de la oposición del bien y el mal. Eso simplemente lo podemos observar en las representaciones antropomórficas de los animales; por ejemplo, en la pintura, los pecados capitales son representados de manera híbrida, pero siempre con rasgos antropomórficos: los pies, el cuello y el pecho son de ser humano, pero con cabeza de dragón, o bien, hay una cola de serpiente, las manos son garras, etcétera.

Después del Medioevo, con el descubrimiento del Nuevo Mundo, el bestiario se hace para poder entender y describir una realidad inédita al encontrarse ante una flora y fauna jamás vista y oída; se trae el imaginario medieval y, a partir de ahí, se interpreta todo este mundo fantástico al que se enfrentaban los españoles, el cual, al mismo tiempo, desbordaba al bestiario medieval. Por ejemplo, había elementos como los manatíes, de los que no había ningún referente, entonces lo único

que se les ocurría era que se trataba de sirenas, sin perder de vista que definitivamente no sabían qué era lo que estaban viendo y no sabían cómo interpretarlo; por lo tanto, lo definían a partir del bestiario medieval, pero en el contexto de una realidad que todavía estaba permeada por la moralidad y la ética de los valores cristianos, aunque también desbordaba en una nueva realidad que se salía de la propia imaginación de los que la describían. Así, identificamos en la arquitectura colonial –en particular en la novohispana– nuevos bestiarios que pasan por las manos de constructores locales, es decir, de los indígenas, de forma que surge un nuevo bestiario. Tenemos uno que por su naturaleza es ya híbrido y se re-hibridiza porque mezcla la imaginación del bestiario medieval con la imaginación del Nuevo Mundo, se construye a partir de al menos dos perspectivas: la del arquitecto español y la de los artesanos indígenas que hacían esas construcciones arquitectónicas.

¿Cómo se lee esto ahora, más enfocado en textos literarios propiamente?



Los bestiarios antiguos pueden ser leídos ahora como eso, como bestiarios antiguos y ser interpretados como tales. Lo que podría decir respecto a los bestiarios actuales es que se pueden ver a partir de la ruptura entre vivir una realidad fantástica o maravillosa –así se le llamaba a lo fantástico antes del siglo XIX: lo maravilloso–, en el sentido de que en el Medioevo, el Renacimiento y el Barroco, lo sobrenatural estaba completamente supeditado al mundo del dios cristiano en Occidente, donde surge el bestiario medieval y el de indias, y como es el mundo de Dios, de lo sobrenatural, se toma como algo natural, entonces la gente vivía lo sobrenatural como algo normal. Ahora, lo que sucede a partir del siglo XIX, con la caída del racionalismo, la introducción de la perspectiva romántica y el descubrimiento del psicoanálisis, es que aquello maravilloso antiguo que era natural, ya se toma como algo que no es natural, sólo como un producto de la imaginación del ser humano, lo cual, en el contexto del siglo XIX, no es más que la revelación o el reflejo del lado oscuro del hombre, es decir, de todos sus miedos.

En ese sentido, el bestiario actual podría manifestarse a partir de los miedos del hombre, los animales en la literatura y otras manifestaciones artísticas y culturales, como la caricatura política, pues muchas veces retoma a los animales en un sentido totalmente mora-

lizante y satírico. Yo opino que el bestiario en la actualidad se utiliza igualmente con un fuerte contenido de carácter ideológico, moral y ético, pero para revelar y poner en evidencia los miedos del hombre reflejados en los animales que, por otra parte, no tienen la culpa de nada y ahora más que nunca lo sabemos muy bien; de ahí esa parte negativa de reflejar en los animales los miedos de los hombres, pues no le hace nada bien a los animales. Por otro lado, pienso que sí hay un bestiario con esta nueva perspectiva de los derechos de todos, incluidos los animales, en la que se ven efectivamente como un ser vivo más del que el hombre tiene la fortuna de poder ser acompañante. Estoy segura de que debe haber manifestaciones artísticas en la literatura y en otros ámbitos artísticos, y bueno, en la cultura ni se diga, los cuales apuntan a esa perspectiva natural y más bien positiva de los animales. Éstos sirven como bestiario para reflejar los miedos del ser humano desde la perspectiva de la ruptura del siglo XIX y el destape del inconsciente.

¿Cuál sería el influjo que tienen los bestiarios en la literatura posterior a su surgimiento?

Tomando en cuenta el contexto es, por un lado, muy barroco, pero por otro es un elemento utilizado desde el Renacimiento a partir de las cruzadas, cuando España empieza a configurar de manera cada vez más homogénea en la baja Edad Media. Desde el Renacimiento se establece una relación entre lo plástico y lo literario desde la iconografía como un elemento de carácter reforzante de la fe católica, con estrategias persuasivas que abordaran el miedo, por ejemplo, al castigo eterno, o una sobresaturación de imágenes que podían ser bucólicas, en las que apareciera una flora y una fauna desbordada; como los *Milagros de Nuestra Señora* de Gonzalo de Berceo, donde prácticamente podemos ver los milagros visualmente en una pared arquitectónica. Por el contexto, yo diría que esta relación iconográfica reafirmante de la fe católica, para los cristianos viejos o para los conversos a partir de la retórica del miedo, surge desde la alta Edad Media con la necesidad de homogeneizar y conformar cada vez más el imperio español, y llega a su máxima expresión estética en el Barroco, con todo lo que implicaba que los animales estuvieran ahí.

Ahora bien, ¿cuál sería su influencia en los géneros posteriores?

El cambio se da al considerar lo maravilloso antiguo como algo cotidiano en la realidad, porque lo sobrenatural estaba dado en el mundo de dios, que era el mundo de la tierra, del cielo y del infierno; en la parte de la tierra se manifestaba lo maravilloso como parte de las manifestaciones de dios, y a partir del siglo XIX, sobre todo con la caída del racionalismo, la llegada de la perspectiva romántica (la manifestación de lo más oculto del humano), y luego con el descubrimiento del psicoanálisis, se destapa el otro lado, el oscuro e incomprensible del propio ser humano y de la propia realidad, que necesita una perspectiva visionaria para poder intuirlo y comprenderlo.

Es así como se inserta lo fantástico y cómo los animales lo adquieren, pues muchos de ellos son interpretados como una especie de puente entre la realidad aparente, es decir, una realidad inmediata y una que está más allá, que podemos intuir a partir de ciertos indicios que el propio animal nos da, por ejemplo, a partir de sus ojos o de algún sonido. Entonces, yo creo que tiene que ver con ese quiebre entre el racionalismo, el romanticismo y el descubrimiento del psicoanálisis, y cómo lo maravilloso pasa de ser parte del mundo de dios, a surgir de los miedos del hombre y, asimismo, comienza a revelar una realidad que efectivamente está ahí, pero de la que somos ignorantes, pues tenemos una vida limitada que no nos permite bien a bien conocerla, aunque sabemos que está ahí.

Por último, nos gustaría saber, ¿cuál fue su primer acercamiento a un bestiario?

Siempre he sido muy querendona de los animales, en mi casa siempre había gato, pues a mi mamá le gustaban, entonces uno de mis primeros acercamientos con los animales fue a través de los gatos; siendo niña, para mí tener un gato en casa era algo natural, pero ya de adulta me di cuenta que justamente por el imaginario ideológico del bestiario, el gato es considerado un animal nocivo porque se le asocia con la brujería, pero ¿por qué? No nada más porque sea un acompañante de las brujas, sino porque la adoración del gato viene de una cultura pagana como la de los egipcios, ese antecedente también es muy importante para la apreciación negativa que tienen, pero sobre todo,

porque, frente al perro, el gato es el segundo animal más relevante del ámbito doméstico, puesto que no se comporta como el perro, el cual se subordina totalmente al ser humano, y el gato no, porque tiene, como dice Baudelaire en *Le chat*, un elemento instintivo salvaje que nunca permitirá que se entregue al ser humano, y al mismo tiempo afirma que el gato tiene unos indicios que nosotros podemos percibir, o más bien contruidos por nosotros, de que ve cosas que nosotros no vemos.

Ese ha sido mi acercamiento más directo con el bestiario, primero estar acostumbrada de manera natural a los gatitos y después descubrir todo este constructo cultural que en la parte positiva del gato es padrísimo, fascinante y que hace que uno los quiera más, aunque en la parte negativa es completamente aberrante. Y bueno, también de chiquita con mi hermano, en el jardín de mi casa, recuerdo a las cochinillas en la tierra, nos gustaba que se hicieran bolita y las usábamos como pelotita, algo malo, pues quién sabe cómo queden las cochinillas después de que juguemos con ellas como balones de fútbol; también agarraba las arañas patonas o esas que tienen la panza redonda y el medio de color ladrillo, lo paradójico es que siendo niña las agarraba sin ningún temor y ahora tengo aracnofobia, claro que no las mato porque ellas cumplen su función naturalmente, por ejemplo, en mi casa hay arañillas y digo: “pues bueno, mientras no sean peligrosas, pues que vivan su vida de araña ahí como están siempre”, que se quedan horas y horas, quién sabe haciendo qué.

Algo que hacía igual naturalmente de niña era agarrar una arañita y estar ahí viendo; ahora no lo puedo hacer, pero la respeto, es un pequeño y horroroso monstruito, pero, aunque no soy de esas personas radicales, sé que es un animalito y yo irrumpí en su contexto natural, ella no irrumpió en el mío. Hay que tener en cuenta que los animales atacan porque se defienden y, en ese sentido, habría que rescatar la importancia de los bestiarios, independientemente del contenido ideológico, como un elemento del que el ser humano simplemente no puede prescindir y que ha tenido una importancia cultural fundamental en la construcción de la vida humana, pues si la flora y la fauna desaparecieran, el humano también lo haría, eso es cabal.



Ceremonia en blanco y negro, Aminta Espinoza (Musgo).



Los animales del mal

Aleq Garrigóz

Escritor; maestría en Literatura Hispanoamericana UC, 2º semestre

Araña, la

Tenebrosa y marginal, habita en cementerios polvorientos –espesores de lo umbrío– y en todo recinto donde la ruina establezca su imperio. Como una Penélope amarga y hostil, gasta los días tejiendo su red para el asesinato.

Viuda tramposa, en medio de sus hilos fatídicos –donde atrapa luciérnagas, coloridas mariposas, catarinas– devora a su consorte sin pizca de piedad: su juguete fatídico, su esclavo sexual.

Y su tamaño puede ser el de la mano de un hombre que asfixia la ternura del pájaro cantor.

No se responde la inquietud del curioso: cómo un ser tan pequeño puede albergar tanto veneno.

Búho, el

Bajo muchas circunstancias el búho sirve a Satán. No se fie el humano de su paciencia, de su aspecto dócil y domesticable: viven por y para la muerte.

Es alimaña gris, parda, con alas de ángel. Ese porte de ciudadano taciturno y mediocre es sólo una máscara bajo la que se agazapa la rapiña.

Tiene el pico propicio para el desgarramiento de la carne rosada que anda en aparente libertad paseándose en forma de conejo.

Centinela de pupilas de vidrio, su inmovilidad es cifra de señorío. Su reposo es amenaza.

Es servidumbre funeraria y los ojos del Mal vigilando los bosques.

PIROCROMO

13

#18 BESTIARIO

Buitre, el

Alevoso, desde las alturas se apresura hacia el punto exacto del asesinato animal, para arrancar, del cadáver abandonado, de su carroña infame, los despojos nauseabundos que harán su delicia.

Y no concede indulto al criminal ahorcado en la llanura de la justicia pueblerina: baja gustoso a él, celebrando una danza aérea de círculos hipnóticos, donde esos miembros aciagos despliegan de su fealdad el espectáculo macabro.

Vileza de las aves, arpía, carnicero cobarde que no se atreve a matar, bruja emplumada, tan familiarizado está con el hombre que, si uno quisiera ahuyentarlo haciéndole muecas, abre el ancho abanico de sus alas, como ofreciendo un abrazo a quien es su semejante.

Cerdo, el



En su hocico henchido de infección encontramos residuos de toda clase de bazofias. Las heces son su más caro manjar. Por ello, es del pecado capital de la gula la más obvia representación.

Fornicador extremoso, sus larguísimos orgasmos, chillantes y convulsos, no lo llegarán a saciar.

Sus pezuñas se aferran al lodo y a la mugre que le hacen tanta compañía en el mundo rancio, lleno de basura, pestilencia y desechos de la vida del hombre. Allí siempre le sobra molicie; allí se entrega a la gordura, esa deformación.

Su corazón es de las mismas dimensiones que el del hombre, ambos albergan la misma forma de amor. El hombre que ufano lo ofrece en banquete puede pensar que tal vez ha inmolado a su prójimo.

Chacal, el

Acecha desde el crepúsculo hasta la madrugada, entonces vuelve a la lobreguez de las cavernas. Los cementerios –ciudadelas de muertos– son su lugar privilegiado en el mundo: allí orina y defeca para sentirse dueño siquiera de un mísero terruño.

Saturnino y solitario, el chacal se parece a Caín errante. Su aullido tiene el dolor de quien, habiendo vivido en gracia, mora desposeído en el éxodo y sus desiertos.

No importa su color: siempre es negro por necrófilo.

Pertenece a ese clan de perros salvajes signados por el furor siniestro de la saña y la destrucción, siempre rabioso contra el mundo.

Es el peor enemigo del hombre. Porque, más temprano que tarde, el chacal habrá de ser padre terrenal del Anticristo.

Cocodrilo, el

Monstruo, dragón sin alas; el cocodrilo une la rudeza de la tierra y del agua en los relieves amargos de su cuerpo, áspero como la piedra, tan hundido en su maldición, en su pereza grotesca.

Inerte, usurpando la forma de un tronco, espera milenios al pobre ciervo; lo asalta, luego en una emboscada letal en que su largo aburrimiento se vuelve una súbita, colérica, retorcida demostración de brutalidad a sangre fría. Comehombres, deglute hasta los zapatos.

Leviatán de los pantanos, su hocico es un terror agudo, de él sale un insoportable aliento a podredumbre. Si tuviese lengua, de ella sólo saldrían blasfemias antiquísimas.

Tan hipócrita es que después de haber devorado hasta a sus hijos, se echa a llorar patéticamente.

Cucaracha, la

La cucaracha es el ruin habitante incógnito a quien en verdad pertenece este planeta, más allá de la glaciación y el desastre nuclear. Más populosa que el hombre, impía y rastrea, preside cada rincón sin iluminar, desde donde produce el espanto del ama de casa y el escalofrío de las literaturas góticas cuando sale a la vista.

El verano le brota alas para que haga la fornicación. Se enreda entonces en el cabello de las sirvientas, atacadas de histeria; y hace el vómito de los recién nacidos.

Pegada a la pared como un ornamento abyecto o andándose por los suelos, opaca, luce siempre indigna de toda consideración. Las suelas la buscan para exprimirle de un golpe el pus que rellena su cuerpo quebradizo. Porque no merece siquiera lástima.

Cuervo, el

Un trozo de noche es el cuervo, diablo alado por el tornasol embellecido. Su aleteo en la ventana horroriza a la madre, inquietada por su pequeño hijo enfermo en la penumbra. Y es que sólo sabe anunciar desgracias y daños. Un trozo de noche, de tan negro y funesto.

Cuando come, desgrana el maíz sobre la roca estéril; así no podrá fructificar. No podremos esperar ningún beneficio del día si su vuelo ensombrece nuestro paso en el camino.

No teme al espantapájaros que es el hombre, porque el cuervo no es pájaro: es la inteligencia animal del hurto y la merma de los plantíos. Más el pico hiriente, la mirada huraña y el odioso graznido que reprocha y aturde.

Cría cuervos y sacarán tus ojos.

Escorpión, el

Rufián armado hasta la cola, el escorpión agujijonea como la mala suerte a quien no lo espera. Se esconde entre las sábanas, dentro de los zapatos, tras la cortina, para desmayarnos con su figura cruel, con su ponzoña que paraliza el cuerpo.

Nos atenaza de temores. En las laderas de los cerros, dentro de las pobres casas de cartón, bajo la cama donde vive el miedo natural de los niños, doquier que se aparezca, es inequívoca señal de contingencia.

¿Y cómo no temer a aquellos que bajo su signo zodiacal han nacido sí, receloso por naturaleza, espera en calma usar su lanza envenenada, siempre preparado para matar?

Gato negro, el

Nocturno, el gato negro pasea por las calles llevando el presagio adverso, enemigo de la fortuna, cómplice de brujerías.

Es igualmente la causa de la tragedia: consumado el incendio, el accidente aparatoso, es visto en los alrededores lamiéndose de gusto, depravadamente saboreando el olor a estrago, como si la muerte fuera el reino al que en verdad pertenece.

Puede salir vivo del ahogamiento tan fácilmente como cae de pie desde las alturas, donde vigila que la noche se desarrolle en calma luctuosa o espera a que el horror termine de instalarse.

Esbirro de la perdición, se desconoce la cantidad de muertes de la que sus vidas son capaces. Pero es mentira que tenga siete: tiene seis, el número del Diablo.



Un día en la vida de Goyo Samsa, J. S. Cainiz.



Akephalos

Muninn

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre

Los impulsos de los pasos pertenecientes a toda una vida se aglutinan en mi garganta. Resulta inevitable no responder ante ellos. Desesperadamente corro por la ardiente grava. Cada latido parece expandir mi cuerpo. Pienso un poco en los cantos que ellos daban al invicto astro, tan distintos al gorjeo que ahora yo entono. Pienso un poco en los llamados blemias, en su anodino semblante de boba felicidad, que para algunos franceses eran templos de coito en planetas salvajes. Corro más rápido. Pienso un poco en él, pequeño y tímido. Le habían dicho que decapitar a una gallina era un proceso rápido y sencillo, que incluso otros niños lo hallaban divertido, de cualquier modo él creía odiarlo. Tomar con firmeza al animal y truncar su vida con un ligero movimiento de la muñeca; luego, dejar correr al cadáver hasta que se agotaran sus últimas pulsaciones. Pero las manos, torpes y pequeñas, infantiles manos, no podían nunca cumplir con la orden y el ave sólo se retorció ante los temerosos apretones y él tenía que agitar dos, tres, cuatro veces el brazo hasta lograr, apenas, torcer la forma del animal. Sí, odiaba decapitar gallinas. Si tanto odiabas decapitar gallinas, ¿entonces por qué lo hiciste? ¿Habías, acaso, perdido la cabeza? Continúo corriendo en violentas sacudidas. Mi memoria corporal me hace añorar los picotazos lanzados a los granos de las milpas. Continúo corriendo. Los impulsos cada vez son más precipitados, creo sentir mis últimos pasos. Continúo corriendo. Uno. Dos.



Cacastriz, Christian Uriel Martínez Flores (Dogmuth Behedog).



Bestiario

Carlos Eduardo Hernández Núñez

Doctor en Ciencias Administrativas y profesor en la Universidad Las Américas

Las palomas

Los pasos cruzan
La plaza disparando
La nube de alas.

El colibrí

Rosando espinas
Retoza el colibrí
Bajo el sol claro.

La abeja

La abeja laboriosa acumula con gran celo,
en tu mirada preciosa, el manjar de mis deseos:
tu iris ámbar coronando brillantes soles negros.

La vaca

Blancas, pintas, pardas: entonan su mugido en el pastizal.
Apacibles pastan las vacas, sin saberse en el corral.
Flotando en su bostezo sin sentir tristeza o felicidad,
torpe vaga la vaca entre la maleza y el carrizal,
hundiendo lento sus pezuñas en el profundo lodazal.
Pasta la vaca como una nube, sólo se deja llevar,
pasta la vaca así, día tras día, siempre, siempre, igual:
transformando la hierba seca en un blancuzco manantial.



Axolotl Xipina, Alefze David Navarro Ibarra.



El creador de bestias

Rubén Abraham Santos Herrera

Lic. Médico Cirujano UADY, 2º año

Júpiter Campiña se arrojó el día viernes desde la ventana del tercer piso de la pensión en donde vivía. Antes de hacerlo, y con una felicidad conspicua en el rostro, se había preparado con una serie de ejercicios que le permitirían relajar los músculos y de esa manera asimilar mejor el posible porrazo al momento de impactarse contra el suelo, aunque él tenía la certeza de que no sería así. Había dado saltos en el interior de su apartamento como los que los clavadistas hacen en la tabla antes de zambullirse entre las aguas. Dio un pequeño brinco, luego otro, luego otro más, se asomó a la ventana, cerró los ojos y de esta manera se lanzó.

Júpiter era un hombre solitario de unos setenta años, o al menos esa era la edad que aparentaba. Nadie sabía cuándo ni cómo había llegado a la pensión, ni siquiera los más viejos. Se rumoreaba que él había vivido ahí desde que concluyó la construcción del edificio, cuando lo regentaba la antigua administración, pero no sonaba lógico, tomando en cuenta que la edificación había culminado hacía ciento veinte años. Júpiter era, además, un hombre raro, introvertido. Muy pocas veces se le veía salir a la calle y cuando lo hacía cargaba rollos de lienzos con textura de pergamino bajo el brazo. Por cotilleo del casero, se supo que los usaba para dibujar creaturas con constituciones incomprensibles para el ojo humano: peces gigantes con brazos de hombre; torsos de mujeres que se detenían a la altura de la cintura para finalizar en aletas o en patas emplumadas de ave de corral; tórax de marsupiales terminados en cabezas de dragones y extremidades de león; paquidermos con alas diminutas y otra suerte de bestias que el casero no pudo continuar ojeando, pues Júpiter le dio el dinero de la renta, e implícitamente lo invitó a salir para así seguir dibujando aquellos seres que desafiaban las directrices de la biología.

Los vecinos de la pensión empezaron a armar hipótesis para explicar la existencia y acciones de Júpiter. Había varias opciones, pero las

más importantes eran cuatro: a) era un hombre que había perdido la cordura hacía mucho tiempo y se había encerrado a plasmar monstruos en papel, pero esto no explicaba cómo obtenía el ingreso mensual para no ser echado; b) era un anciano al cual sus hijos lo habían abandonado a su suerte, aunque esta opción tenía menos sentido; c) debía ser una persona que sirvió a la nación, como un exmilitar dado de baja por estrés postraumático con subsecuente deterioro mental y que, en retribución a sus años de labor, el ejército le costeara los últimos años de vida; o d) era una variante un poco más sensata que la opción b), pues se postulaba que formaba parte de una importante familia que, al sospechar y confirmar que había perdido la cabeza, lo habían mandado lejos para no caer en desprestigio, aunque mensualmente lo mantenían con suficiencia para poder vivir decentemente hasta el día de su muerte.

De cualquier forma, todas las alternativas incluían a la locura como la causa del actual paradero de Júpiter. Desde la fecha en que se formularon las cuatro alternativas, todos empezaron a espiar su peculiar vida, en busca de un rastro que les permitiera confirmar alguna de las opciones.

Un día, mientras estaba sentado en el escritorio de madera, trazando con la escuadra y con un lápiz bicolor, escuchó que alguien tocó a la puerta tres veces. Se levantó y acudió, pero cuando abrió para atender sólo vio a unos niños alejarse en dirección a las escaleras del vestíbulo, mientras reían y al mismo tiempo gritaban: “¡Ahí viene el loco, ahí viene el loco! ¡Vámonos! ¡Corre, corre!”. Algo similar le ocurrió cuando salió a la calle y pasó junto a unas personas, que interrumpieron su conversación cuando lo vieron venir. No tardó mucho tiempo en que entendiera que todos lo daban por demente.

Harto y dolido, se encerró dentro de sus cuatro paredes y se dedicó a esbozar siluetas extrañas para tratar de recobrar la paz. Cuando Júpiter se sentaba a perfilar cualquier creatura, no tenía claro lo que iba a brotar del carboncillo, simplemente dejaba que se deslizara a libertad sobre la superficie sin salirse de los márgenes y aproximadamente después de media hora, ya tenía un caimán alado con el cuerpo aplanado, demasiado delgado, y con cabeza de hombre, una nueva creación para agregar a su colección. No era el primer boceto del día, pues en el piso se revolvían hojas con seres muy similares: serpientes emplumadas con dos alas naciendo de sus cabezas, y otra suerte de reptiles con estructuras aerodinámicas. Continuó así por dos horas y, cuando recobró el sosiego

y obtuvo un par de nuevos diseños, se le ocurrió una idea que debió haber pensado décadas atrás.

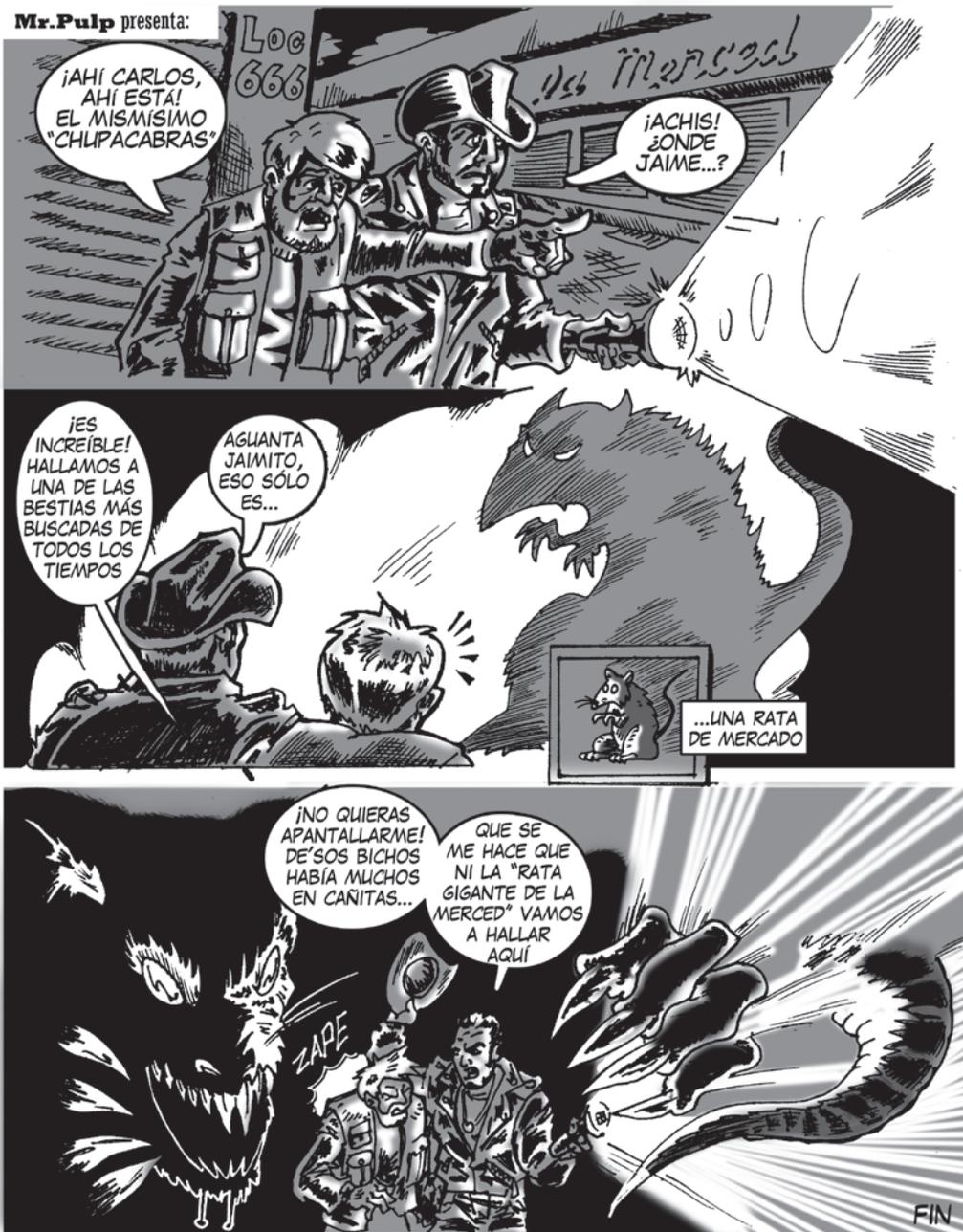
Uno de aquellos días esperó a que llegase la hora adecuada para anunciarle a los que anduvieran por ahí que iba a demostrarles que no estaba loco. Él decía “¡No estoy loco! ¡No estoy loco y se los voy a demostrar! Lo que yo dibujo es muy real”. Fijó hora y fecha para el evento y volvió a meterse.

Todos asistieron, escépticos. Esperaban impacientes a que Júpiter llegara. Incluso obtuvieron permiso para detener el tránsito en la calle que daba a la pensión, pero en lugar de ir y situarse en el centro de la calle, él apareció desde su ventana en el tercer piso.

Una mujer fue la primera en darse cuenta y se llevó las manos a la boca. La que estaba al lado se percató de la conducta de aquella y luego divisó a Júpiter en la ventana. Le dijo al hombre que tenía al lado y en menos de un minuto todos lo sabían. Se había armado tal severo revuelo que varias personas, temiendo lo peor, habían llamado a una ambulancia y avisado a la policía. Un hombre que decía ser orador profesional se había dado a la tarea de dialogar con Júpiter, pero éste parecía no hacerle caso alguno. Las mujeres que eran madres les taparon los ojos a sus hijos y se los llevaron lejos. A pesar del desespero, nadie se atrevió a parpadear ni a distraerse. Todos empezaron a mirar expectantes cómo el hombre hacía movimientos dentro de su vivienda, y luego cerró los ojos hasta lanzarse al aire.

Se escucharon varios gritos de conmoción que no inmutaron en nada al hombre, quien caía con la cara feliz y plácida. Ante el asombro de todos, en una transición instantánea, Júpiter se transformó en uno de sus tantos dibujos extraños. La mayoría concuerda en que se parecía a un extenso dragón verde, aunque liviano, como un retazo de tela flotando por los aires. Otros dan diferentes clases de descripciones, como la de un inmenso camaleón que se mecía entre el viento. Pero sea cual fuera la verdadera apariencia, todos refieren cómo Júpiter, convertido en aquel ser, se elevó al cielo para desaparecer y nunca más volver a ser visto.

Mr. Pulp presenta:



Bestias, Mr. Pulp.



El pájaro de la muerte

María Domínguez Dubón

Enseñante y tallerista de creación literaria

Sobrevuela la noche
con sus alas color ceniza.
Pocos le han visto,
pero todos saben de él,
del pájaro de la muerte.
*Todo para mí,
va cantando.*
*Todo para mí,
anuncia su grito.*
La aldea duerme,
inquieto es su sueño
amenazado por el ave
que decide dónde pararse,
¿quién llorará?
*Todo para mí,
va cantando.*
*Todo para mí,
anuncia su grito.*

Un perro aúlla,
presagia la tragedia.
Los insomnes rezan y tiemblan.
Quizás pase de largo;
quizás vuele a otro pueblo.
*Todo para mí,
va cantando.*
*Todo para mí,
anuncia su grito.*
La muerte ha llegado,
posada está en el tejado.
El Guarro se limpia las plumas
y la criatura deja de respirar.
Mañana, una madre llorará.
*Todo para mí,
se aleja cantando.*
*Todo para mí,
se desvanece su grito.*

PIROCROMO

27

#18 BESTIARIO



Stare, Rosalinda Arévalo de Loera (IG: [_alter_](#)).



El Laberinto¹

Sergio Martínez Medina

Escritor y docente en el Bachillerato en Artes y Humanidades

Ciclo desconocido, antes de la Regénesis.

En las entrañas de Bael-Ungor.

Minos resopló. Los trabajos no estaban siendo tan rápidos como quería y la presión de los dragones era cada día mayor. Aunque no eran tantos como en el primer empuje, cualquiera de ellos era un enemigo formidable. Fue sólo hasta que excavaron Bael-Ungor que pudieron organizarse y desarrollar la metalurgia. Entonces descubrieron que la sangre proveía a las armas de un poder que les ayudaba a torcer la tierra a su voluntad. Habían encontrado galerías, salas y un número infinito de pasillos huecos. Se perdían al principio, pero luego fueron colocando losas de colores en la tierra para saber a dónde llevaba cada corredor. Y hacía poco, muy poco, que los minotauros llamaban hogar a la montaña.

Aún recordaba los días en los que su raza vivía en el bosque de Németon y podía correr libre entre las llanuras de Utgard. Nunca supieron por qué atacaron los dragones. Nunca hicieron nada que no hubieran hecho otras razas: reclamaron algunas zonas como suyas, querían alimentarse, vivir en calma y aprender del mundo, de ese bosque infinito que se extendía allende las montañas más lejanas. Ni siquiera tenían problemas entre los diferentes rebaños. Su padre, Asterión, los había guiado a través de innumerables claros y cruzaron millones de cuernos de distancia. Tras la muerte de Asterión, sus hermanos, Radamantis y Sarpedón, guiaron a su pueblo, pero Minos sentía que sus hermanos eran incapaces de lograrlo. Estaban transformando al

PIROCROMO
29
#18 BESTIARIO

¹ Este cuento pertenece a la colección *Cuentos de la Primera Era*, Vol. 2.

orgullosa gente de Asterión en poco más que un rebaño que pastaba a las orillas del bosque. Varias veces los confrontó y cada vez le respondieron lo mismo: la ignorancia es una bendición. Por eso los desterró. Radamantis y sus minotauros se dirigieron al sur, a la mar Thaléia, donde se diluyeron poco a poco hasta que desaparecieron. Sarpedón, como hijo mayor de Asterión, no se fue tan fácil. Minos sabía que la primera batalla entre minotauros había sido culpa suya, pero no podía permitir que su gente se apagara, se redujera a ganado.

Sarpedón opuso una batalla fiera cerca del Árbol del Mundo, llamado Tlalocan, que se erigía a varias miles de leguas al sur del Yggdrasil. No era tan monstruoso como el que custodiaban los dragones, pero aun así sus ramas, hojas y tronco dominaban unas montañas sin nombre. Sarpedón luchó por días y días, tacleando y atravesando a sus pares con sus propios cuernos. Parte del pueblo lo seguía. Minos no podía perder; su gente habría seguido a su hermano hacia la locura. Por eso llevó lanzas y picas, espadas y hachas. Fueron las primeras armas y ellas pusieron la muerte al alcance de los minotauros más débiles; se sentían grandes a pesar de ello, se sintieron invencibles. Y, más importante aún, recuperaron el orgullo de los rebaños primigenios. Sarpedón no era imbécil, a pesar de lo que Minos quisiera creer, y alejó a su gente de la tierra, hacia el Gran Mar Océano, hasta una isla a la que llamó Galatea, llena de vida y prados hermosos. Minos no quiso seguirlo, ya había admitido la derrota. A fin de cuentas, era su hermano.

Nadie supo cómo o por qué regresaron los dragones, pero volvieron a Úrim bajo una estela de fuego. Minos había visto a dos dragones que parecían dominar a los demás: uno de ellos voló hacia el oeste, a las llanuras primigenias, y el otro los persiguió al norte. Y sólo pudieron correr, dejando atrás a miles de los suyos. Otros se ofrecieron como sacrificio a los dioses del aire, pero nada parecía detener su cólera. Pronto se convencieron de que lo único que podrían hacer era luchar. Y tendrían que llevar la guerra más allá de su propia imaginación. Tendrían que mover montañas, agitar las raíces del mundo si era necesario. Todo para sobrevivir a una raza que parecía creerse la dueña de Úrim. El día que Minos se dio cuenta que sus sueños de un futuro pacífico se habían desvanecido, mandó construir unas puertas de piedra y bronce, tan enormes que se necesitaron máquinas para levantarlas y ponerlas en su lugar, y se encerró tras ellas durante siete días y siete noches. Los minotauros decían que lloró a sus hermanos, a

los que nunca quiso desterrar, y que fue en las horas más oscuras cuando se le ocurrió la idea de cubrir sus cuerpos con piedra y acero para derrotar el fuego que venía de los cielos.

Muchos dijeron que el que salió detrás de las puertas de bronce ya no era el mismo. Minos se había vuelto irascible y condenaba los errores de su gente con torturas horribles. Se clavaron placas de diferentes metales a los cuerpos de los que parecían más perdidos y mandó desollar a los muertos. Con sus pieles se hicieron armaduras de cuero y correas para los escudos, las grebas y los brazaletes. Luego empezó la extracción de metales pesados del fondo de las montañas. Las minas crecieron y crecieron, hasta que no había nadie que no empuñara un pico, una pala o magia para abrir nuevas venas en la tierra. Después fue evidente que no le bastaba, necesitaba más acero, más fuego, más excavaciones, y ordenó que algunos dedicaran su tiempo a pensar cómo acelerar la producción de armas. Llegaron los cánticos en lenguas desconocidas y los conjuros, y gracias a ellos produjeron armaduras grabadas con runas mágicas que resistían mejor las llamas de los dragones.

Minos descubrió que el hoyo en su corazón no tenía fondo y lo único que lo mantenía con fuerza para seguir adelante era hacer túneles, excavar y pisar las rocas que nadie jamás había visto. Así se fue metiendo cada vez más en la tierra, hasta que los pasillos y las minas se extendieron más allá de toda cordura, hasta donde la luz se torcía y las sombras daban paso a visiones monstruosas. Al tercer ciclo, las excavaciones cubrían ya cientos de miles de cuernos de distancia. Los corredores daban vueltas, subían y bajaban, se encimaban unos sobre otros, separados por apenas unos cuantos cuernos de tierra. Los trabajadores se perdían y sus gritos de auxilio reverberaban a lo largo y ancho de todo el túnel, a menudo mezclándose unos con otros y extraviándose en la longitud inabarcable del Laberinto. Porque Minos bautizó al dominio detrás de la puerta de bronce como el Laberinto, y sólo él conocía los alcances verdaderos de su longitud.

Los primeros cuernos estaban cubiertos de oro y lámparas; ahí mismo se habían establecido talleres y forjas, donde los minotauros esculpieron dragones de metal para recordarse quiénes habían sido los que les habían arrebatado toda esperanza de un futuro pacífico. Minos decoró el Laberinto con miles y miles de antorchas, dragones, hachas y lámparas de un cristal amarillo, similar al cristal azul que se encontraba

más arriba, pero éste emitía un fulgor más apagado, distante, como si las piedras de más abajo hubieran olvidado ya la vida que alguna vez tuvieron en la superficie y sólo emitieran un recuerdo vago y triste del sol. Estos cristales ayudaron a forjar máquinas que se movían y se propulsaban solas, y Mínos las bautizó como los Enanos. Eran buenos para excavar, no comían ni dormían, y apenas necesitaban mantenimiento; eran fáciles de producir y, una vez hechas las versiones masculina y femenina, se replicaban solos después de algunos ciclos. Sin embargo, la obsesión de Mínos no podía satisfacerse sólo con algunos Enanos, así que los talleres y calderas trabajaron ciclo tras ciclo, pero Mínos exigía más aún de lo que podían producir.

Pasaron los ciclos, luego las décadas, y el recuerdo del bosque se disipó de la memoria. Los bosques cambiaron y las praderas que alguna vez alimentaron a los rebaños de Asterión se erosionaron hasta dar paso a las estepas de Utgard. Las gorgonas y los dragones pelearon y se mataron los unos a los otros, hasta que los dragones se alzaron victoriosos. Los grandes Árboles del Mundo fueron casi erradicados y, por fin, el corazón de Mínos estuvo satisfecho. El Laberinto se torcía una y otra vez, en una espiral que pasaba los siete mil cuernos de profundidad y había tantos talleres y máquinas como nadie jamás había visto en el mundo. Mínos supo que había llegado la hora de retomar la superficie. Pero cuando despertó de su largo sueño, la gloria de su rebaño se había extinguido. Los minotauros que quedaban habían sido reducidos a máquinas, muy similares a los Enanos que habían forjado hacía tanto tiempo. Los encantamientos y rituales se habían parado, y él no se dio cuenta de cuándo fue que pasó. Las velas y antorchas que alguna vez iluminaron la entrada del Laberinto se habían apagado, sólo quedaba el brillo dorado de los cristales. Mínos gritó y bufó, sus lamentos se perpetuaron en la roca y el acero que latían debajo de Bael-Ungor.

Aunque hubieran perdido el alma, aun sin la gloria que alguna vez soñó su padre, los minotauros se alzarían apoyados por sus conjuros, su magia y los Enanos. Les arrebatrían el bosque a los dragones, aunque tuvieran que purgar a Úrim de todo vestigio de vida. “El mundo temblará bajo tus pezuñas, rey Mínos”. Tales habían sido las palabras de la criatura que reptaba y crecía, del monstruo que se había apoderado de los pasillos del laberinto de su mente.



El Laberinto, Ernesto Sin Alós.



Día 14

Sandra Cortés Moreno

Lic. en Administración Pública, tallerista y artesana en el CESEA

Si quieres a la vaca, quieres a los becerros. Siempre pensé que nadie querría una vaca con becerro, pues ni su padre me quiso. A veces pienso que ni al becerro.

Sentía crecer mis ubres y agachaba la cabeza al comer, con la cría siempre mamando.

No me miraba al espejo, me daba miedo la vaca.

Por las noches tocaba mis pechos, mi panza, y soñaba que no era vaca, que mi hijo no era becerro, que entre tanta gente sí habría alguien que nos quisiera.

Salía por la mañana para volver a pastar, pues la vaca crecía y me devoraba de a poco. Mi leche ya era amarga y la cría dejó de mamar: mordía hasta hacerme sangrar.

Sentí el hierro rozar la carne, marcando con rojo vivo la piel; lloré muchas veces, soñaba que, con algún hombre, ya no sería vaca.

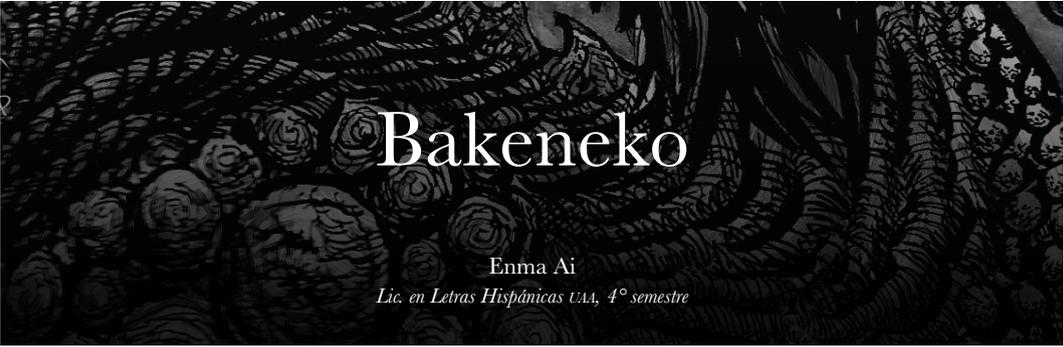
Volvíamos a ser la vaca y el becerro.

Un día 14 ya no quise ser vaca, y besé a un hombre que no sabía de vacas ni de becerros. Mi leche volvía a ser dulce, sabía a lluvias de abril o mayo; brincaba feliz, por primera vez, en dos patas: ¡él no me veía como vaca!

A él nunca le incomodó la idea de una vaca y su becerro. Mi hijo, por esos días, dejó de ser becerro, pero yo seguía siendo vaca muy por dentro.



Había unavestruz, Alejandra Trigueros Torreblanca.



Bakeneko

Enma Ai

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 4° semestre

No hay sitio más extraño que una carretera oscura en una noche de tormenta. Un motor se oye a lo lejos y las luces alumbran las gotas que caen como pequeños dardos de platino. El hombre al volante no despega la vista del sendero, concentrado no en el pasar de los árboles ni en los señalamientos del camino, sino en la petición de su hija menor unos días antes:

—¡Un gato! —gritó con los ojos negros, abiertos de par en par—. ¡Papá! ¡Un gato! ¡Quiero un gato!

Zaraki se negó de inmediato; no quería mascotas en la casa ni desorden, pues al final seguro que él terminaría por encargarse de todo. El llanto acudió rápido, amargo como si aquello fuese de vida o muerte. La niña reclamó y, con lágrimas pendiendo de las pestañas, se alistó para un berrinche monumental.

—No podemos hacernos cargo de un gato, Yachiru, escucha a tu padre —intervino la madre tras mirar a su esposo con una mezcla de súplica y entretenimiento.

—Es porque no la quieres, ¿verdad? —preguntó el mayor de los cuatro hijos.

Zaraki maldijo en ese instante para sus adentros y, aun en la soledad de la carretera, apretó la mandíbula ante el recuerdo. Ése era un recurso infalible que todos usaban para sonsacarlo, pero había sido su culpa: durante el último embarazo de su esposa, Zaraki había rechazado la existencia de su pequeña hija, y su mujer había salido por la puerta con sus maletas. El karma le enseñó su lección, misma que, para su desgracia, aún aprendía cada vez que sus hijos mayores sacaban a colación el episodio funesto.

Se dijo a sí mismo que no cedería; no caería en la trampa una vez más y ni media cola de gato pisaría su jardín. No obstante, en medio de la nada mojada por la tormenta, la memoria de las lágrimas de su hija se reverberaban en la lluvia que difuminaba el horizonte. ¿De dónde podía sacar él un gato?

Zaraki se detuvo en la orilla del camino, justo al lado de un establecimiento con luz tintineante y un letrero destartalado de madera. No recordaba que hubiese una tienda en aquel sendero, pero necesitaba detenerse, estirar las piernas y beber algo. Antes de salir del automóvil se caló el sombrero, abrochó su abrigo y, tras abrir la puerta, extendió el paraguas negro. Despreocupado, entró a la tienda para comprar un café y, tal vez, una buena idea de cómo o dónde conseguir al condenado animal que su hija quería.

El cumpleaños de la niña era en el día que estaba por empezar. Su esposa le había dicho, mientras lo despedía en la entrada de la casa, que más valía regresase con un gato para su hija. Eso implicaba que sólo tenía un par de horas para comprar, secuestrar o aparecer un gato.

Con un vaso desechable en la mano, salió del establecimiento, pero se quedó junto a la puerta, bajo una techumbre, contemplando la lejanía que se alumbraba al caer de los rayos. Su admiración por la naturaleza furiosa fue cortada por un ruido a la derecha. Se puso alerta y, dada su profesión, tuvo que abstenerse de sacar la *katana* que escondía bajo el abrigo por si era sólo un ladrón o malandro sin oficio quien se ocultaba en la parte sin iluminación; su espada no era para matar a cualquiera.

Oyó, después, pequeños ruidos llenar el silencio tenso y el hombre se dedicó a buscar con la mirada el origen. Divisó, en la penumbra, un barril de aceite de lámpara y, sobre éste, una sombra inclinada hacia el interior. Entornó los ojos, apretando el mango de la espada; él más que nadie sabía que un ladrón era el menor de los problemas cuando la obscuridad albergaba seres malignos y espíritus sedientos de sangre.

Un maullido quedo quebró la tensión; un quejidillo gatuno que salía de una bolita negra balanceándose en el borde del barril. Zaraki se relajó: un gato, solamente un gato bebé bebiendo aceite de lámpara. De haber sido un crédulo cualquiera, supersticioso del siglo pasado, hubiese huído ante la imagen: en la antigüedad se decía que un gato de cola larga que bebiese aceite era un espíritu maligno que devoraba almas humanas

y hablaba con el razonamiento de un genio. De todos los espíritus que él conocía, un *bakeneko* era a lo que menos le tenía miedo; nunca había visto uno, ni siquiera leído documentos que sugiriesen su verificada existencia. Aparte, el aceite tradicional usado en las lámparas era de pescado, lo que hacía normal que un gato callejero lo bebiese.

El animal peludo, como una bola de hollín o una pelusa magnificada en microscopio, miró al hombre con un único ojo amarillo desorbitado. Era el gato más horroroso que Zarakí hubiese visto en su vida: mandíbula prognata, con los colmillos inferiores de fuera, la cola torcida en la punta y una pata trasera pelada. Le causó pesar al viajero, pues, por su tamaño y complexión, debía ser un gato con sólo unos meses de vida. ¿Quién podía maltratar a un animal así? Él no quería mascotas, mas no significaba que fuese a maltratar animales por la calle.

La idea apareció con el relámpago que cayó al segundo: podía llevar al pobre animal a casa, explicar su trágica historia de gato maltratado y abandonado a su suerte en la tormenta, y cuando su hija lo viese, feo como una alimaña, lo rechazaría. Zarakí ganaba. Luego llevaría a la criatura a algún templo, donde los monjes cuidarían de él.

—¿Quieres ir a casa conmigo, gato? —le preguntó Zarakí al animal que, de hecho, pareció entender—. ¿Qué haces, Zarakí? Hablándole a un gato... —murmuró para sí.

El animal volvió a maullar, saltó del barril y caminó a los pies del hombre para restregarse en su abrigo, y luego, cuando el viajero se inclinó para agarrarlo, el gato se escurrió a un metro de distancia, volvió la cabeza —de orejas demasiado grandes— y se escabulló por un antiguo camino oculto en la maleza que Zarakí jamás había visto. El hombre optó por seguir a la criatura; su plan era bueno y no hallaría un gato más espantoso que aquél.

El sinuoso sendero descendía por una ladera, marcado por tablas de piedra que alguien debió poner en algún momento. La cola del gato destacaba entre la hierba, aun en la obscuridad y la lluvia. Los zapatos de Zarakí se llenaron de lodo, pero siguió en su misión de atrapar al miserable animal y llevarlo con su hija.

—¡Lo que consigo por ser un imbécil! —se reprochó—. Si no te hubieses puesto pesado porque Ye Hwa estaba embarazada cuando le

dijiste que no querías más hijos, estarías en el coche, seco y sin la necesidad de seguir a un maldito felino por una colina bajo la lluvia —continuó con su alegato retórico.

De pronto, el paisaje cambió, ante él estaban dos gruesas estatuas antropomórficas desgastadas y llenas de musgo y, a unos pasos, lo que parecían las ruinas de un antiguo templo. El gato estaba sentado en su esplendorosa fealdad, bajo un *torii*¹. Por su parte, en el fondo, Zarakí sabía que algo no estaba bien; no podía poner en palabras la presión que sentía en el pecho, como si un poder inmenso lo tuviese estrujado en su mano. Volvió, por instinto, a tomar su arma mirando alrededor de sí.

—Ven, gato, te llevaré a un sitio mejor que este lugar maldito —ordenó el hombre y supo que sus palabras eran más certeras de lo que deseaba.

Ese templo en ruinas estaba maldito y no sabía qué horrores esperaban a que él bajase la guardia. Notó que la lluvia había cesado, al menos en aquel lugar, y sólo el viento soplaba entre los árboles de un color negro poco natural.

El minino maulló, giró sobre sí, comenzó a bañarse sin más, como si esperase a que Zarakí se acercase. El viajero lo pensó: debía actuar rápido, aproximarse, hacerse del gato y correr de regreso al auto, cuidando de no cruzar más allá del arco rojo, mismo que, para el terror del hombre, seguía de un escarlata brillante. Dio entonces unas zancadas hasta tocar las baldosas enmohecidas, llegó, se inclinó frente al animal sin despegar la vista del horizonte: la puerta del templo que llevaba a una obscuridad absoluta.

La situación le recordó a su infancia: la primera vez que atravesó el delgado velo que cubre las sombras, en el templo de Nara, cuando se enfrentó a un *inugami*² sin dueño. Tal vez era más grande ahora, no obstante, tenía sus reservas cuando se trataba de espíritus vengativos.

Observó de reojo al gatito, con la cola torcida que se movía con lentitud y su ojo fijo en él. El crujir de la madera bajo el peso de algo hizo que Zarakí volviese a intentar vislumbrar más allá del marco de piedra

1 En Japón, arco tradicional que suele encontrarse en la entrada de los santuarios sintoístas que marca el límite entre lo profano y lo sagrado.

2 Literalmente «perro dios». Es una forma de utilizar un espíritu animal con fines vengativos.

de la puerta. Unos ojos brillantes lo miraban, como cuentas blancas bajo la luz de la luna, pero con una profundidad que no despertaba admiración, sino miedo. Las pequeñas bolitas blancas comenzaron a multiplicarse, la sombra del templo se extendió más allá del portal con brazos largos y lánguidos que se deslizaban por las baldosas de piedra hacia el gato que parecía no notar aquello.

—¡Mi hija quiere un gato, ella te va a cuidar si vienes conmigo!
—exclamó, esperando que el animal se acercase a él, lejos del *torii*.

Si había aprendido algo con los años, era que un *yōkai*³ no podía atacar más allá del arco que le daba fuerza espiritual, a menos de que fuese transportado en su forma animal común, por una persona, más allá del arco. El felino ladeó la cabeza ante el grito y, con un suave salto, trepó a las piernas de Zarakí, luego su abrigo hasta su hombro. El hombre no lo pensó, dio media vuelta y corrió, sin embargo, notó que las sombras seguían extendiéndose aún más allá del arco.

“¡Maldición! ¿Qué?!” pensó. Miró a la cima de la colina por la que bajó persiguiendo al animal: otro *torii*. Apretó el paso, estaba en el territorio del espíritu hasta que cruzase el primer arco y no tenía intención de morir buscándole una mascota a su hija. Subió la escalinata con saltos grandes y la lluvia volvió a cubrir todo. Alcanzó la punta de la colina, hallando nada más que tierra y un local derruido sin luz.

La confusión pudo más que la prisa. ¿Cómo no se dio cuenta? Todo aquel lugar era una ilusión creada por algún *yōkai* hambriento de almas humanas. Lo que más le molestó, sin embargo, fue el asco creciente en su interior. ¿Qué diablos había bebido si había sido magia oscura? No se detuvo a indagar más, pasó de largo entre basura y escombros hasta su coche. Abrió la puerta, cerró el paraguas, entró, puso el seguro y buscó con la mano a la bola de pelos mojada sobre su hombro; pero nada. ¡Había perdido al condenado gato! Maldijo en alto, la excursión había sido para nada, no obstante, el felino debió ser una carnada para llevarlo al templo: una ilusión más del espíritu maligno.

Se dispuso a prender el auto cuando un maullido le hizo voltear al asiento del pasajero: ahí estaba el horrendo animal. Zarakí se quedó

3 Seres propios del imaginario cultural japonés, los cuales cambian de forma y tienen poderes sobrenaturales.

quieto, sin despegar la vista de la criatura hasta que decidió que era mejor arrancar, pues el sol comenzaba a salir y no quería ver con luz el lugar donde se perdió, aparentemente, por horas, y menos deseaba perderse en ideas vagas sobre si el gato que llevaba de pasajero era un monstruo o no. Arrancó pisando el acelerador hasta el fondo. Podía estar satisfecho: tenía al gato y seguía vivo.

—¿Qué hacías en ese lugar, animal? —preguntó en alto.

¿Por qué volvía a hablar con el minino? Ya era usual para él lidiar con cosas sobrenaturales, pero jamás se había puesto a charlar con un gato.

—No sé por qué te pregunto. Espero que hagas feliz a mi hija. Me rogó por un gato, mas yo no quería... yo no quiero mascotas en la casa.

Tenía que hablar con alguien sobre el asunto, necesitaba sacarlo de su pecho y la criatura tendría que servir a tal propósito, con el beneficio de no poder contestarle. Zarakí prendió el aire caliente mientras se convencía de que no estaba perdiendo la cordura al sincerarse con una bestia.

—A mi esposa le fue mal en el embarazo de mi hija, todo porque yo fui un imbécil al decirle que no quería al bebé. Ella se fue y casi muere al dar a luz... Casi me vuelvo loco cuando me dijeron, ¿sabes? —el hombre guardó silencio un momento, como si el gato fuese a responder—. ¿Qué me pasa? ¡Pensando que un gato me va a responder! Pero bueno, tuve que implorar a todo dios que quiso escucharme para que mi mujer sanase, y no me dejaron ver a mi pequeña Yachiru hasta casi una semana después.

El gatito maulló, clavando las uñas en el asiento como si amasara, sin despegar su ojo amarillo del humano.

—¡Ella es mi adoración, pero mis hijos mayores usan lo que le hice a Ye Hwa para hacerme ceder cuando le niego algo! Odio verla llorar y lo único que escucho en mi cabeza cuando lo hace por mi culpa es a Asahi decir: “no la quieres”. ¡Maldita sea! ¡Y ahora estás aquí, gato endemoniado! ¡Eres espantoso! Sin embargo, hoy es el cumpleaños de Yachiru y voy a ceder a su petición ¿Sabes por qué te seguí?

Le aterraba que Yachiru se sintiese rechazada por su culpa. Su esposa entendía bien el asunto, aceptó sus disculpas, lo perdonó pronto y olvidó todo, pero un niño no era capaz de razonar como adulto y Zarakí no quería que su pequeña pensase que él no la quería. ¡Tanto era el miedo que lo hacía hablar con un animal!

—Te seguí porque eres espantoso y tenía la esperanza de que ella te rechazara, pero ahora no sé. Quiero que ella esté contenta. Te prometo que te llevaré a un buen templo si no te quiere.

El gato parpadeó por primera vez, maulló, luego se hizo un ovillo sobre el asiento y dormitó moviendo las enormes orejas hacia delante de vez en vez. Zarakí suspiró, consideraba una locura haber puesto su vida en peligro por conseguir una mascota tan fea para su hija y, de cierta forma, esperaba la aceptación de Yachiru hacia el animal que comenzó a ronronear cuando el coche entró a la ciudad de Hiraizumi.

—Por un momento creí que eras un *bakeneko*, gato, pero eres muy feo y muy pequeño para ser algo más que una bola peluda con mala suerte —murmuró el hombre cuando ya divisaba su casa al final del camino—. De verdad espero le agrade a mi hija.

El sol brillaba sobre el jardín adornado con crisantemos blancos, y los cuatro niños salieron por la puerta al escuchar el motor del coche de su padre. Todos tenían el cabello y los ojos negros, como Zarakí, pero algunas facciones los asemejaban a su atractiva madre, quien salió tras los pequeños, con un delantal y un pañuelo alrededor de la cabeza. Zarakí bajó del coche, aún con las prendas húmedas por la lluvia, los zapatos cubiertos de lodo y el cabello enmarañado. Los niños se hicieron a él de inmediato, sin importarles el barro y la mugre, a excepción del mayor, pues él solamente lo saludó de lejos.

—¿Qué te pasó, Zarakí? Parece que te fuiste a pelear con un animal o algo así —se burló la mujer, ayudándole a retirar el abrigo.

—Algo parecido a eso, cariño —contestó—. Hice una parada técnica para rescatar algo de las garras del mal y necesita que lo atienda alguien —explicó y se volvió a su hija, quien lo miraba con los ojos abiertos

de par en par—. ¿Crees que puedas ayudarlo, Yachiru? Necesita mucho amor, un collar, juguetes y un lugar caliente para dormir.

La niña parpadeó varias veces sin entender, pero asintió. Zarakí intercambió miradas cómplices con su mujer, la cual comprendió de inmediato lo que su esposo ocultaba. El hombre abrió la puerta del copiloto ante la pequeña que esperaba por ver a su nuevo amigo. El gato estaba sentado, con los dientes de fuera, la cola torcida oscilante tras él y las diminutas patas delanteras juntas sobre la orilla del asiento. Maulló, la niña gritó.

Yachiru saltó sobre el animal, lo tomó del estómago con sus pequeñas manos y lo estudió con curiosidad infantil.

—¿No podías encontrar un gato más feo, papá? —interrogó Asahi, con una ceja levantada.

—¡Un gato! —exclamó la niña—. ¡Mi gato! ¡Papá, me trajiste un gato! ¿Podemos ir a comprarle un collar? ¿Puede dormir en mi cama?

—¡Feliz cumpleaños, Yachiru! —aclaró el padre y se hincó frente a su hija, ignorando la pregunta de su hijo mayor—. ¿Cómo lo vas a llamar? Si compramos un collar, necesitamos una placa con su nombre.

—¿De dónde lo sacaste, Zarakí? —preguntó la madre, con una sonrisa ante la emoción de la niña que ya abrazaba al animal contra sí—. Es bastante dócil y se deja estrujar.

El gato maulló de nuevo en los brazos de la niña, sin mayor acción que denotase su incomodidad de ser tratado como un peluche.

—De las ruinas de un templo infestado de malos espíritus —replicó el hombre—. Hubiese muerto si lo dejaba ahí y supuse que Yachiru podía cuidarlo.

Eso último era una clara mentira, pero la familia lo creyó, en especial la menor. Yachiru corrió dentro de la casa con su nueva mascota, dispuesta a enseñarle cada habitación de su nuevo hogar y llevar al manso felino a su cuarto.

—Eres muy educado —opinó la niña, dejando a su amigo sobre la cama. Buscó algo entre sus cajones, hasta hallar una corbata de lazo

de muñeco y ponérsela al gato, el cual únicamente maulló—. ¡Te pondré “Mr. Fancy”!

Después, la niña le dio la espalda al animal, y éste observó a la pequeña de trenzas despeinadas con detenimiento: era una humana apetecible, pequeña y graciosa, sin embargo, fue la primera en no reparar en la fealdad, resultado del descarado humano que fue su dueño antes. ¿Qué esperaba cuando saltó a la espalda del viajero? Comer el alma de una niña, claramente. No obstante, ahora que la conocía y la observaba buscar un suéter para él de entre la ropa de muñeca, no creía que fuese lo correcto devorarla.

Aún recordaba lo que era ser un gato de casa: dormir en el futón de su amo con placidez y beber crema de leche. Luego cumplió trece años, con una cola larga y buena salud. Su amo temió por su vida: le dijeron que él, un gato común de casa, se volvería un monstruo si dejaba que siguiera su cómoda vida, si dejaba que su cola siguiese creciendo. Él huyó cuando su amo lo intentó matar; perdió un ojo, el pelo de la pata, su cola se quebró, la mandíbula se la dislocó. Odió a los humanos desde ese instante y los años pasaron, mientras él devoraba a los viajeros incautos de carretera.

¿Por qué no se comió al padre de la niña? Tal vez estaba aburrido de la vida como espíritu maligno, tal vez fue la curiosidad; luego, claramente, la idea de probar el alma de una niña. La escuchaba hablar sobre todo lo que harían juntos, sobre lo emocionante que era tener un amigo peludo. No podía comérsela, decidió el gato. Le daría una oportunidad a ser gato casero de nuevo.

—Mi nombre es Chokichi, humana, pero “Mr. Fancy” me gusta.



Muere, vive, Miguel Ángel Fernández Sánchez.



Euríale

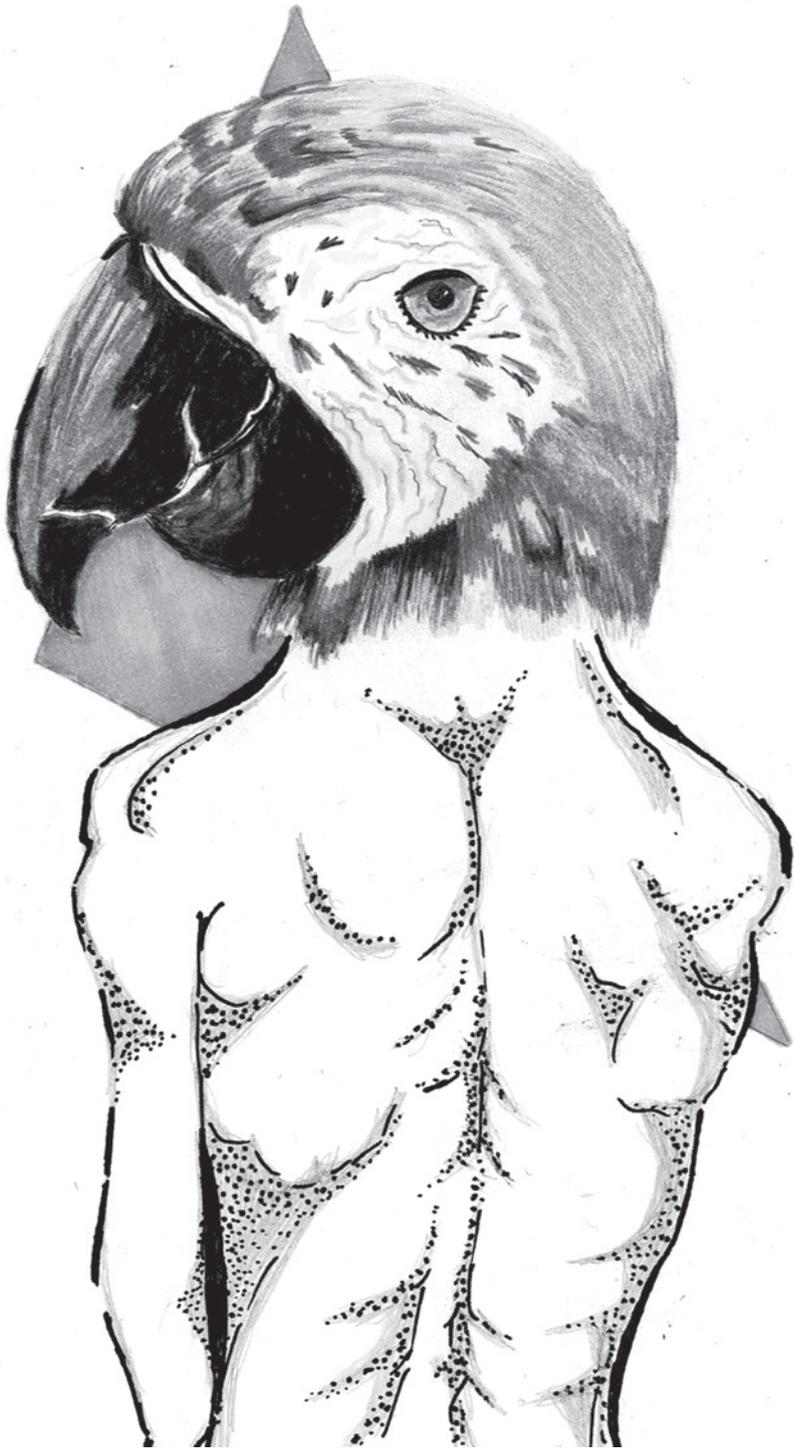
María del Carmen Rivera Tristán

Lic. en Psicología UAA, 9° semestre

Virgen de jade.
Arde sólo para mostrar su luz
a los náufragos:
náufragos del dolor.
Corren por sus dedos numerosas sendas con fin en sus mejillas,
adornadas con un hermoso bosque iluminado por dos astros eternos.
Sus pechos atraídos por el suelo,
usados como reclinatorio para confesar pecados.

Serpientes cubren su cabeza enredándose con su frágil cabello,
las utiliza como sedante para los vivos:
aquellos que tienen el corazón corrupto.

Hija del divorcio,
separación de Dios y el hombre.
Musa enclaustrada,
efímero contacto con el infinito.
Su perfume es sal marina.
Sus ojos, un reflejo del absurdo.
Su figura sostiene el deseo
desbordado en sus labios.
Consuela con la mirada pasiones.
Recolecta flores muertas y las planta en su vientre,
riega el mar con su llanto.



Loro, Sandra Cortés Moreno.

El humano en el bestiario contemporáneo:

Entrevista a Adriana Álvarez Rivera¹

Consejo Editorial

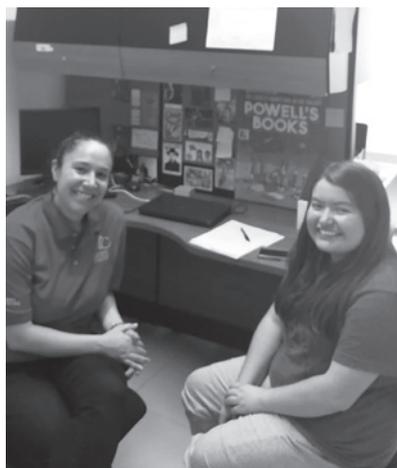


Foto por: Consejo Editorial.

¿Qué es un bestiario o a qué se le conoce como bestiario actualmente?

Un bestiario siempre va a estar relacionado, independiente de la época, con los bestiarios medievales y, en el caso de Hispanoamérica, con la tradición que viene a través del bestiario de las indias. Actualmente, no podemos desvincularnos de esa tradición; entonces, en términos generales, un bestiario contemporáneo coincide con los anteriores en que siempre son una especie de colección de relatos cortos.

Por ejemplo, el poemario *El jarro de flores* de José Juan Tablada tiene un fragmento llamado “Bestiario” conformado por haikus de animales. Coincide con esa idea de ser una colección de textos cortos: poéticos como el de Tablada, narrativos como los de Arreola y Cortázar; qué son, de qué hablan, o qué intentan mostrar y definir, esto entre comillas, pues en los cuentos ya no es sólo una definición de una bestia intentando coleccionar una cantidad de animales vistos desde un punto de vista, ahora, contemporáneo. En el caso de Cortázar, prácticamente

¹ Doctora en Literatura por la Universidad de Salamanca. Actualmente es profesora-investigadora en la Universidad Autónoma de Aguascalientes en la Licenciatura en Letras Hispánicas.

no se mencionan los animales, pues en los cuentos no se define al animal ni se describe tal cual es, sino que por medio de otros mecanismos narrativos uno se da cuenta a qué animal o a qué bestia se está refiriendo.

Entonces, entre bestiarios contemporáneos y antiguos, ¿considera que la principal diferencia sería la forma y el tratamiento que se le da al animal que se está exponiendo?

Yo creo que sí, tiene que ver con todas las estructuras narrativas o poéticas que se le dan a partir de la literatura novohispana, colonial, y en el siglo XIX con textos que, si bien no son bestiarios, sí hablan de estos seres; por ejemplo, Julio Torri tiene un texto llamado “A Circe”, en el cual habla de seres mitológicos, que después influirá en otros escritores como Arreola en la línea de lo fantástico, y luego en la modernidad y contemporaneidad. Es decir, a partir de cómo se va reconstituyendo la literatura a sí misma en cuanto a las formas, los estilos, las posturas ante los temas literarios se van modificando, pero conservan la cualidad de ser una colección de bestias.

Una vez esclarecido cómo se llega a configurar un bestiario contemporáneo, nos gustaría saber: ¿cuál fue su primer acercamiento a los bestiarios?

Mi primer acercamiento a los bestiarios fue justamente con el de Julio Cortázar, me impactó muchísimo por la poca especificidad con respecto a nombrar a los animales y, sin embargo, la gran complejidad narrativa que tienen cada una de esas historias en función de una especie de animalidad implícita en cada uno de los textos. También, porque siempre he tenido esta especial fascinación por lo fantástico y maravilloso, y, en paralelo, leí también algunos de los cuentos que Jorge Luis Borges recopiló en *El libro de los seres imaginarios*, esta compilación tiene mucho que ver con cómo se consolidan los bestiarios en la narrativa hispanoamericana contemporánea. Luego con Juan José Arreola y después con *La oveja negra y demás fábulas* de Augusto Monterroso.

¿Cuál es el influjo de los bestiarios en la literatura contemporánea, en cuanto a tema y otros géneros y técnicas narrativas?

Yo planteo en mi tesis del doctorado que, si bien esta fascinación por los animales es antiquísima, por ejemplo, desde los griegos la hay por el ser que es distinto, por el animal en el cual siempre nos reflejamos un poco o nos comprendemos a través de la mirada con éste; en lo contemporáneo ya tiene mucho que ver con el concepto actual del “monstruo”; aunque existe desde la antigüedad, en la actualidad no tiene mucho que ver con el animal, sino con la bestia que es el ser humano o con los animales que el ser humano puede ser. La bestia ya no es el otro, sino que uno mismo puede ser un ser monstruoso.

Y esto es muy claro en la literatura de terror que en el siglo XIX se consolida con los ingleses, en donde el monstruo es el otro; pero luego vemos relatos como *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde* de Robert Louis Stevenson, donde el protagonista se desdobra en un ser que es monstruoso; el protagonista es un ser noble, bueno, interesado por el bienestar, y se desdobra en un ser que es parte de él mismo totalmente monstruoso.

Asimismo, el miedo a las máquinas. Para algunos críticos, *Frankenstein* es el primer libro de ciencia ficción; a pesar de ser creado por el hombre, es bueno, noble y lo que él quiere es compañía, no quiere hacerle daño a nadie. Luego Estados Unidos nos hizo creer que era terrorífico, pero inicialmente para Mary Shelley era un personaje totalmente bondadoso. Si vemos textos de ciencia ficción, desde principios del siglo XX ya se empieza a ver este temor frente a las máquinas. En el ámbito de lo fantástico está la cuestión de los autómatas; por ejemplo, con Hoffmann en *El hombre de arena* se tiene uno de los primeros autómatas literarios, que empieza a ser atemorizante, pues es tan parecido a los seres humanos que da miedo. Los autómatas, los maniqués, que son seres sin vida creados por la mano del hombre, van cambiando conforme la industria y la tecnología en nuestra vida cotidiana, y entonces se desarrollan como máquinas que ya tienen capacidad de decisión y control.

También, el encuentro con los seres extraterrestres es otra vertiente del monstruo: los seres que vienen de otro planeta tienen más relación con la ciencia ficción, implica el temor frente al otro y lo desconocido. Es lo que pasaba en la época colonial o novohispana, o lo que pasa habitualmente cuando hay procesos de conquista y el europeo o el sajón se enfrenta con una realidad que no logra comprender.



Fernand VI, Aneli Vaneza Flores Hernández.

Entonces, conforme se le da voz al monstruo, empieza a generarse una especie de encuentro con el espectador o lector empático. Por otra parte, esta fascinación por lo extraño, por lo grotesco, por el ser que no soy yo pero que en el fondo me refleja y por eso me atrae, el monstruo que fascina y atemoriza al mismo tiempo. Esto tiene un vínculo muy claro con la narrativa fantástica contemporánea, cuyos orígenes también están en otros monstruos, como *El Horla* de Guy de Maupassant, *El Golem* de Gustav Meyrink, el mismo *Frankenstein* de Mary Shelley. Todo esto tiene que ver con la interacción entre géneros y con la literatura maravillosa; es capaz de mostrar elementos de la realidad que quizá no son, o no coinciden con una visión realista, pero después se va transformando en estas variaciones del realismo mágico, lo real maravilloso, es decir, una percepción distinta de la realidad, ya no con el ser extraordinario, sino con una realidad en cuya cotidianidad cabe ese ser, pero ya no atemorizante. Son muchas líneas las que se entretajan entre las bestias y los términos concomitantes como la literatura de terror, el gótico, lo fantástico, y lo real maravilloso, el realismo mágico. Actualmente existe este género de las historias medievales en contextos más contemporáneos como una derivación, en donde existen dragones, sirenas, que en cierto momento fueron monstruosos, pero ahora forman parte de un imaginario de géneros que puede ser horripilante, tierno y empático en otro sentido.

¿Cuánto considera que los bestiarios medievales condicionaron la visión de los animales en las indias y cómo la novedad de las indias desbordó ese condicionamiento?

La visión medieval condiciona no sólo los bestiarios, sino toda la concepción de una realidad en la que se enfrentan en las indias; dentro de toda esa visión condicionada por el bagaje cultural, por el imaginario que ya traen los medievales, están los bestiarios. Y desborda en el sentido de que no tienen palabras para nombrar estas nuevas realidades, siempre van a estar relacionando lo que observan aquí con su propia flora y fauna. La realidad desborda toda su concepción de lo real, es un choque de concepciones del entorno, es decir, lo que trae el medieval frente a la naturaleza desbordante y al imaginario que tiene del Dorado, de la idea de la abundancia, la riqueza, el paraíso terrenal, el buen salvaje.

¿Qué hay en los bestiarios contemporáneos de los antiguos como los griegos, incluso si se consideraran los textos de la conquista de las indias?

Es muy interesante, pues hay muchas tradiciones, es decir, los bestiarios contemporáneos tienen origen en los bestiarios medievales —*El bestiario de Cristo*— y en los bestiarios de las indias que son historias generales que escribieron muchos clérigos tratando de describir la realidad que observaban, siempre como una colección casi enciclopédica. También tienen que ver con otra tradición francesa de las historias naturales, situada en el siglo XIX, las cuales tienen relación con ciencias como la biología y zoología, y la necesidad de generar documentos científicos que plantean esta especie de descripciones en términos más académicos.

Así pues, estas dos vertientes se unen junto con la tradición literaria del monstruo. Incluso Kafka, aunque ya sea en el siglo XX, tiene todo que ver con descripción de bestias, porque no sólo es Gregorio Samsa, Kafka tiene varios cuentos en los que se habla de animales o de seres muy extraños, como el Odradek en *Las preocupaciones de un padre de familia*, el cual está primero descrito como un carrete de hilo triangular, pero luego nos damos cuenta de que ese ser tiene vida. También el Golem, que ya pertenece al ámbito totalmente literario y artístico, pues se trata de elementos de los cuales van bebiendo todos los escritores del siglo XX, y van haciendo coincidir con lo que les exigen su realidad y las estructuras artísticas y críticas de la literatura.

Conservan la necesidad de exponer a los seres que no son del todo humanos, pero se distinguen con las estructuras narrativas, ahora hay otras estrategias narrativas para mostrarnos a los lectores la bestia que es el ser humano; seguro que en el bestiario medieval lo veíamos, pero ahora las estrategias para mostrarnos esa especie de espectacularidad son distintas, con más ironía, temor y parodia. Por ejemplo, el cuento de “El sapo” de Arreola, en donde el lector termina siendo tan feo como el sapo. Permanece ese deseo de mostrar una colección de bestias y la relación con el lector o el ser humano en general.

Estos narradores tienen trascendencia en los posteriores, como los del medio siglo en México, y el caso más cercano para mí es Amparo Dávila que, si bien sus libros no funcionan como un bestiario, tiene muchos cuentos en los que hay una especie de ser amorfo entre animal y humano, es ambiguo totalmente, pero casi siempre el comportamiento es animal o bestial; además, estos seres amorfos atemorizan siempre al personaje principal.

Hemos terminado con las preguntas, pero, ¿algún comentario general sobre los bestiarios?

Recientemente encontré un libro llamado *Sirenalía* de Javier Perucho, publicado en 2017. Son cuentos de sirenas acompañados de grabados. Así que los bestiarios nos van a seguir seduciendo siempre por esa fascinación que tenemos por lo raro, por el otro, y por ese ser que en principio no nos identifica porque no coincide con nuestra anatomía, pero con el que los escritores se toman la molestia de obligarnos a vincularnos porque al final tiene parte de nosotros. Se manifiesta también en muchos libros contemporáneos, por ejemplo, el libro *Animalario*, publicado por el FCE, en el cual podemos intercambiar el cuerpo de animales.

Las bestias son un tema recurrente en la literatura contemporánea, ya sea mediante bestiarios concebidos como tales, o de forma esporádica en algunos textos. Permanecerán y seguramente tendrán épocas de mayor auge, por ejemplo, ahora con las leyendas artúricas y las historias medievales trasladadas a contextos contemporáneos. Pero independientemente de que sea muy cercana o más lejana la relación con estos temas, creo que van a permanecer, así como han permanecido desde la antigüedad; continuarán transformándose, porque es la característica del monstruo actual, totalmente *metamorfoseable*. Y dado que nuestras percepciones de la realidad, de lo monstruoso y lo bestial van cambiando, también la literatura y el arte en general tendrán que responder a esa necesidad de un monstruo o bestia que se adapte a los miedos o deseos ocultos que todos tenemos.

Donaukinder

Diego Martínez Díaz

Lic. en Médico Cirujano UAA, 8º semestre

OTRAS CREACIONES

*Schwarze Fahnen auf der Stadt
Alle Ratten fett und satt
Die Brummen giftig allerorts
Und die Menschen zogen fort
Wo sind die Kinder?
Niemand weißt was hier geschehen
Keiner hat etwas gesehen...
Donaukinder.
Rammstein*

Hace no mucho tiempo en Rumania, cerca del río Danubio, existió un pequeño pueblo dedicado a la pesca, la ganadería y la búsqueda de minerales y metales pesados. Hoy en día no quedan más que ruinas y este triste relato de lo que ahí aconteció.

Aunque vivimos en un mundo que busca constantemente conocimientos, no se sabía de la historia de este pueblo hasta que algunos historiadores encontraron un esqueleto cercano a aquel lugar. Fue encontrado por casualidad, sepultado lejos del cementerio de la zona. Un cadáver en muy mal estado que, por sus medidas, correspondía a un niño de no más de diez años. Sus restos estaban muy desgastados por todas las adversidades climáticas sufridas, el tiempo y quién sabrá qué más, y tenía un pequeño libro forrado de piel entre sus ropajes.

Aquel libro narraba los tiempos difíciles que azoraron al pueblo y también la razón por la cual sucumbió:

Desde hace tiempo que el negocio no va bien; hoy sólo hemos vendido la mitad de lo que debíamos, la gente ya no compra pescado, aunque es de esperarse después de aquel evento en donde cientos de truchas aparecieron muertas a la orilla del río. He de confesar que la mitad de nuestro cargamento diario se echa a perder más rápido que de costumbre, y cómo apestal! Pero ¿qué más da?, es pescado. Aunque si esto sigue así, no habrá otra opción mas que cerrar la tienda.

PIROCROMIO

55

#18 BESTIARIO

Esta mañana tuve otra confrontación con Zelig, se puso más gruñón desde que le mencioné que nos mudaríamos a la ciudad en siete meses, con el cambio de siglo; ese muchachito no entiende que debe comer bien, si no, nunca crecerá como su padre; dice que se hartó del pescado, que cada vez está más salado y que se espina de vez en cuando. Desgraciadamente es lo único seguro que tenemos para comer ahora. La carne está cada vez más cara y con el negocio en este estado sólo podemos comprarla una vez a la semana. Tampoco le ha ido mucho mejor al Sr. Rot con las ovejas que a nosotros con los pescados, esos animales no han aumentado en número. ¿Será que esas bestias tercas se encuentran indispuestas? ¡Pero si necesitamos comer! Dios, ten piedad de nosotros.

Hoy he mandado a Zelig por agua al pozo que se encuentra cerca del estanque, me ha dicho que uno de los cisnes lo atacó sin que él lo provocara, tiene unos cuantos picotazos en la pierna, pero nada grave. Es extraño, he oído a los vecinos quejarse de lo mismo esta semana: cada vez que alguien va a ese pozo sale picoteado por ese cisne. Podríamos cazar a esa ave revoltosa, pero, a decir verdad, aquellos animales se ven hermosos en el estanque; sin duda, es uno de los lugares que atraen más visitantes y con ellos mis ventas de pescado fresco aumentan.

Ya han pasado más de dos semanas y la carne sigue igual de cara, sigue habiendo malas noticias, ahora el ganado se niega a pastar. El Sr. Rot piensa que están enfermas sus pobres ovejas y aun así ¡nos sigue vendiendo la carne a altísimo precio! ¡Tremendo caradura! Han llamado a un veterinario del pueblo vecino para que revise a los animales. Cambiando de tema, los ataques de cisnes han aumentado en número, incluso los vecinos dicen que ya no sólo es un cisne, sino varios al mismo tiempo. ¿Los animales se estarán volviendo locos? Zelig tampoco quiso comer hoy, dice que le duele el vientre. Ojalá no se haya tragado una espina. ¡Dios, ayúdame!

El día de hoy ha sido un día sombrío, pescamos la mitad del cargamento diario y, como de costumbre, la mitad de aquello se ha echado a perder; para acabar, no se ha vendido la porción buena de pescado. También han encontrado un cisne muerto cerca del pozo, supongo que alguien se cansó de que lo estuvieran molestando cada vez que iba por agua y le dio fin a la existencia del animal. De igual manera, otra noticia funesta ha sido el veredicto del veterinario: le ha dicho al Sr. Rot que sacrifique a todas las ovejas que pueda antes de que otra cosa pase. Es cierto que la carne estará más barata en días

siguientes, pero daremos un adiós a la reserva de carne de los próximos meses. Se acercan tiempos difíciles.

Hoy me he enterado que ya nadie va al pozo del estanque por el alboroto de los cisnes, pensé que igual no era para tanto y decidí ir allí por mi cuenta. Tal fue mi sorpresa que al llegar me ha recibido una pestilencia abrumadora, a la que ni el mismo pescado se le asemejaba. Ante mí se encontraban todos los cisnes en el estanque muertos, sus cuerpos flotaban en el agua, totalmente hinchados, desprendiendo ese terrible hedor. ¿Quién los mataría? Por supuesto, todos los vecinos negaron saber algo al respecto. Zelig salió desde la mañana a jugar con sus amigos y no ha regresado a comer, ya se las verá cuando llegue.

Zelig no regresó anoche, hemos buscado por todos lados y no lo encontramos. Escribo esto porque no puedo dormir, sigo esperando que regrese a casa.

Hoy hemos seguido buscando. En un descuido nos avisaron que otros dos niños han desaparecido, ambos eran amigos de Zelig. Lo único que he escuchado en las últimas horas es: “¿Dónde están los niños? ¿Por qué nadie sabe nada?”. Temo lo peor. ¿Por qué nos castigas de esta manera, Dios?

Hemos hallado a Zelig a orillas de río arriba, se encontraba en un grave estado de deshidratación, con fiebre, delirando; lo hemos llevado a la pequeña unidad de atención médica que hay cerca del pueblo. Escribo esto mientras lo escucho decir incoherencias postrado en aquella cama. Pero, ¿dónde están los otros niños?

Zelig sigue con fiebre, lo hemos tenido que atar a la cama para que no forcejeara. Ya han dado con el paradero de los otros niños, desgraciadamente no corrieron con la misma suerte que mi hijo: a uno lo encontraron río abajo, al parecer murió ahogado, estaba azul y severamente hinchado; al otro niño lo han encontrado en el pozo del estanque, aún no han podido sacar el cuerpo. Es probable que culpen a nuestra familia de esta tragedia, ¡pero eran sólo niños queriendo encontrar a su amigo!

Tres niños más han desaparecido, no entiendo qué está pasando. Han traído los cuerpos de los amigos de Zelig para que un médico busque si sus muertes están relacionadas. Zelig no ha parado de delirar, sigue gritando que su barriga arde. En efecto, su vientre está abultado.

Me despertó un olor a podredumbre, busqué de dónde venía y confirmé mi sospecha: era el cuarto donde se resguardaban los cuerpos de los amigos de Zelig. El olor era el mismo que el que despedían los cadáveres de los cisnes en aquel estanque. El doctor también llegó al lugar y mencionó que era lo único que tenían en común; eso y la hinchazón, pero ésta podría deberse a que ambos murieron ahogados. Se llevaron a los amigos de Zelig y los enterraron en el cementerio. Decidí ir a la ceremonia para hablar con los padres, sin embargo, ellos no tenían ganas de platicar sobre lo sucedido.

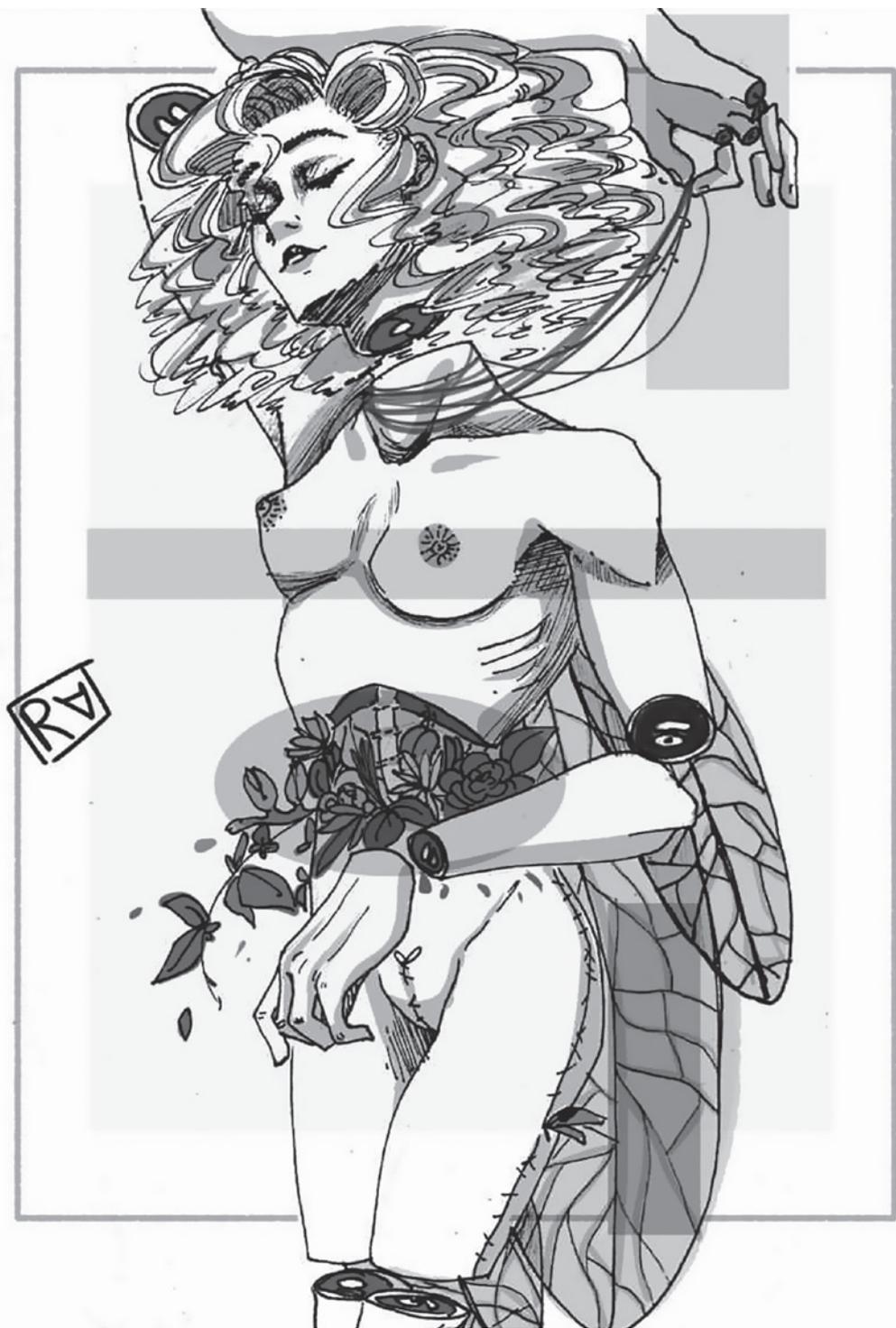
Ha pasado una semana. Día con día los niños van desapareciendo, se han tomado medidas, pero no parecen surtir efecto; aunque los encierren con llave, en algún descuido, los niños desaparecen de sus casas. Algunos cuerpos han sido encontrados en el mismo estado, tumefactos, arrojando olores nauseabundos. A todos ellos los han enterrado sin más.

Hoy he ido a dejar flores a las tumbas de los amigos de Zelig como muestra de respeto para sus familias. Las tumbas aún despedían esa fetidez. Me llamó la atención que en la tierra había ductos, como si se hubieran excavado madrigueras alrededor de éstas, así que notifiqué a los responsables del cementerio, ellos abrieron las tumbas y encontraron ratas alimentándose de los cuerpos de los niños. Los animales rastreros estaban gordos de tanta carne engullida. Observando con detenimiento, todas las tumbas de los niños tenían las mismas señales de profanación.

Llegó el día: hoy falleció Zelig. Al poco rato su vientre se abultó más, sabíamos que en poco tiempo empezaría a desprender ese olor, aquella peste que ya inundaba el pueblo, en cada esquina, en cada recoveco, el olor a muerte. El ganado que le quedaba al Sr. Rot también murió anoche, las ovejas fueron encontradas con los hocicos y los rectos llenos de sangre.

Sepultaremos a Zelig lejos del cementerio, tal vez así las ratas tarden más tiempo en encontrarlo. La gente ha empezado a mudarse lejos de este pueblo maldito. Haré lo mismo. A Zelig siempre le gustó este pequeño diario de piel. Espero lo resguarde bien.

Té quiero, hijo.



Pieces, Rosalinda Arévalo de Loera (IG: [_alter._](#)).

Redención

Lani

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 2° semestre

OTRAS CREACIONES

Crece algo en la garganta, una maraña de excusas ennegrecidas.
Crece algo que encaja sus raíces en la boca del estómago sangrante.

Crecen ramas punzantes, nacen hojas de belladona que se enredan entre las quebradizas costillas de mármol enfermo y supurante.

Crece un dolor latente, sediento siempre de más dolor.
Nunca es suficiente.

PIROCROMO

60

#18 BESTIARIO

Crecen ramas espinosas en las pupilas, malas hierbas que no mueren ni dan tregua.

Brotan ríos de sangre nacientes de los ojos, expulsados con ligereza en cada parpadeo; recorren las mejillas grises, agrietadas, carentes de vida y afecto.

Crece algo que sube por la espina dorsal, una sensación de hielo fibroso atraviesa el cuerpo; termina en la nuca como un palpitar de muerte.

Nacen mil uñas sangrantes y terregosas escarbando en el pecho, su propio pecho, hasta encontrar el motor.

¡Ah, qué hermoso trozo de carne latente!
Se oprime y exalta a su ritmo, se acelera impaciente al presentir su destrucción.
Espectador preferente en el acto final.

El dolor que taladra la sien ahora es tan sublime, es el dolor de otro, es un recuerdo lejano, es el dulce dolor que nutre víctimas y mártires.

La única victoria tras la venganza de sí mismo es la redención.

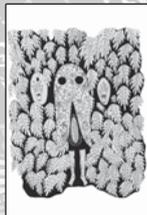
Un redoble incesante viaja por las oxidadas tuberías del torrente sanguíneo y sube hasta la garganta, donde un frío metal interrumpe el flujo de golpe. Dulce nepente que escapa del castigo para morir exiliado.

Un olor fétido surge de un corazón de tintes violetas, arrancado del cuerpo por sus propias manos.

Ahora el fuego cubre la escena, llamas danzantes que purifican y destruyen.

A unos segundos de la sublimación cesa el dolor.

ÍNDICE DE IMÁGENES



Ceremonia en blanco y negro
Aminta Espinoza (Musgo)

12



Un día en la vida de Goyo Samsa
J. S. Cainíz

18



Cocatriz
Christian Uriel Martínez
Flores (Dogmuth Bchcdog)

20



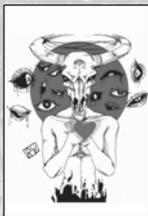
Axolotl Xipina
Alefze David Navarro Ibarra

22



Bestias
Mr. Pulp

26



Stare
Rosalinda Arévalo de Loera
(IG: _alter_)

28



El Laberinto
Ernesto Sin Alás

33



Había un avestruz
Alejandra Trigueros Torreblanca

35



Muere, vive
Miguel Ángel Fernández
Sánchez

45



Loro
Sandra Cortés Moreno

47



Fernvel VI
Aneli Vanesa Flores
Hernández

51



Pieces
Rosalinda Arévalo de Loera
(IG: _alter_)

59

PIROCROMIO

62

#18 BESTIARIO